Nuestras propias historias

Vida en comunidad

I









Vida en comunidad

I

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978-9942-22-355-5

Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular









Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de “Nuestras propias historias”.

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa “Nuestras propias historias”.

Índice




KEVIN ABEL ALVEAR
nació en Cayambe, Pichincha, en 2002. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Natalia Jarrín. Su actividad favorita es el deporte.

Pepe patas de goma

En la comunidad El Hato de la parroquia Juan Montalvo, habitaba una familia muy humilde: Juan era el padre y Rosa la madre; vivían con sus tres hijos: Roberto de doce años, Luis de diez y Manuela de ocho. Los niños estaban encantados de ir a la escuela todas las mañanas, pues mientras recorrían la gran distancia, se divertían y disfrutaban del aire puro del campo; iban sobre el lomo de su querido Pepe, un pequeño y dulce burrito café de



orejas largas y vivaces, de hocico pequeño, suave pelaje y negros cascos brillantes. Todos colaboraban en el trabajo de la huerta, la que producía hortalizas que vendían en la ciudad y con ello cubrían sus gastos. Además, tenían una vaca llamada Florencia, la oveja Mimí y un perro al que llamaron Sultán. Eran una hermosa familia, humilde y feliz.

Cuando llegó el verano, este fue excesivo: apenas tenían agua para regar sus hortalizas, sacaban el agua de una pequeña acequia del lugar. Tan fuertes fueron los calores del verano que casi no contaban con alimento para sus animalitos, y el hambre fue tan fuerte que el burrito empezó alimentarse de lechero, una planta cuya sabia blanquecina tenía una textura gomosa.

Luis y Manuela empezaron a sentir que algo raro le ocurría a Pepe, pues caminaba como si sus patas pesaran más de lo acostumbrado. Se detuvieron para revisarlo, pero lo único que

encontraron en las bases de sus extremidades fue una sustancia pegajosa que hacía que el burro se ciñera con fuerza al piso.

La niña le dijo a su hermano que debían informar a sus padres sobre esta rara situación, pero el hermano, que conocía a sus progenitores, tuvo dudas porque pensó que al ver este suceso, ellos ya no les enviarían en el burrito a la escuela, pues él se demoraría más y no podrían llegar a tiempo, por lo que les tocaría trasladarse a pie, lo que era demasiado difícil, ya que tenían que atravesar toda la gran montaña con todas sus vicisitudes.

Un buen día, mientras Rosa y sus hijos recolectaban sus hortalizas para la venta, Juan llegó muy preocupado y triste a su casa. Le contó a su esposa que ya no iba a ser posible entregar las hortalizas porque había ocurrido un incidente con el gran puente que conectaba su casa con la ciudad: se había derrumbado porque era demasiado antiguo y viejo.

Rosa —preocupada por la entrega de las hortalizas del mes que le ayudarían a cubrir con una deuda que tenían en la ciudad, precisamente en el almacén donde adquirían los insumos para el huerto, lo cual era el sustento de su familia— se echó a llorar desconsoladamente, pensando cuál podría ser la solución.

Entonces Luis dijo:

—¡Tengo una gran idea, mamá! Pepe puede hacerlo.

La madre sorprendida dijo:

—¿Cómo? ¿Pepe has dicho?

—Sí, mamá, desde hace días que queríamos decírtelo.

—¿Decirme qué?

—Es que Pepe tiene las patas pegajosas.

—¿Y eso qué significa? —exclamó la madre. Los padres sorprendidos se pusieron pálidos.

—¿Y qué significa eso? —replicó Juan, el padre de los muchachos, a lo que Manuela agregó:

—Sí, cuando vamos a la escuela, Pepe trepa por donde puede y no tiene problema porque se mantiene pegado en la pared y hasta en los troncos de los árboles. Es muy divertido. Él podría llevar la carga de hortalizas, poco a poco, al otro lado donde el camión las recibiría.

Un poco desconfiados, los padres no creían lo que los muchachos acababan de manifestar. A pesar de ello, accedieron a la propuesta del infante: pusieron la carga sobre el lomo de Pepe, y, ¡cuál fue la sorpresa!, al instante el animalito emprendió el viaje y cruzó el peñasco sin problema alguno. Pepe se marchó y regresó las veces que fueron necesarias, sin ningún inconveniente. Juan y toda la familia observaron asombrados tanta maravilla. Así lograron trasladar toda la carga y el camión pudo llevársela al pueblo.

Juan cumplió con su trato y pudo pagar su deuda. Emocionado con esa ganancia, compró regalos para cada uno de sus hijos: a Roberto le compró un bonito sombrero, a Luis un pantalón y a la más pequeña, Manuela, una hermosa muñeca; ella, muy emocionada, se fue a bañarla en el río del puente roto y desafortunadamente, en el menor de los descuidos, la niña cayó al torrente.

Roberto, el mayor de los hijos, gritó desesperado:

—¡Mi hermana cayó al río!

Toda la familia desesperada corrió a ver lo ocurrido, excepto Luis, quien confiaba en su gran amigo Pepe, así que fue a buscarlo. La niña logró sostenerse en las ramas de arbustos que se encontraban en el borde del afluente, cerca de un túnel donde se perdía la corriente. Ella, desesperada, entre sollozos, gritaba que

la ayudaran. El tiempo se convirtió en eterno. La desesperación fue inmensa. Luisito, a gran velocidad, trajo al pequeño pollino y, con mucho cuidado, empezó a deslizarse por la pared del borde del torrente; sigilosamente bajó y alcanzó a tenderle la mano a su pequeña hermana y logró salvarla de entrar en el gran túnel. Todos contentos y emocionados gritaban:

—¡Fuerte, Pepe! ¡Fuerte, tú puedes!

El asnito, escuchando los elogios de sus dueños, salió muy contento y airoso de la parte baja del río, llevando consigo a los dos muchachos sanos y salvos. La familia, agradecida con el animalito, le compró mucha hierba fresca, sin descuidar alimentarlo también con un poco de lechero para que no desaparecieran sus dotes de pegarse en las superficies.

Desde aquel entonces, Pepe se convirtió en un héroe muy reconocido por toda la gente de aquel lugar y fue un gran apoyo para diversas situaciones que por allí ocurrieron. Los dirigentes de aquel sector le condecoraron como la mejor mascota y Pepe se convirtió en el atractivo del distrito, que hasta gente de diversos sitios venía y pagaba una monedita para ver al jumento con su gran espectáculo. De esta manera ayudó a mejorar la situación de esta humilde familia, y desde ese momento vivieron mejor y más felices.

Colorín, colorado, este cuento se ha terminado.

MÓNICA ASUNCIÓN LÓPEZ
nació en Guayaquil, Guayas, en 1969. Trabaja en el Colegio Fiscal Guayaquil. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

Un lindo negro

Pedro alzó la cabeza y limpió su negra frente. Miró el monte, escuchó el canto de los azulejos a su alrededor. Aquí una loma, otra próxima allá. Y al fin, postrado sobre sus rodillas, con las manos horizontales, alzó la cabeza lentamente mirando al cielo, agradeciendo a ese Dios que a veces parecía haberlo abandonado, pero que renacía en él cuando concedía sus peticiones: esa era la tierra que había buscado.

Nada había a su alrededor. Siguió explorando con la vista: a su derecha descubrió un señorial cerro, muy al fondo, donde años más

tarde encontraría restos de antiguos aborígenes. Sonrió de nuevo y se sacó la sencilla y trapajosa camisa para ponerse a trabajar inmediatamente: con una rama halaba el monte y con la otra cortaba con el machete. Trabajó quizá una semana y finalmente las lomas estuvieron listas para ser habitadas. Fue una labor ardua y pesada, pero al fin lo logró: cortó con su hacha un tronco largo y muy ancho, eso le tomó una semana más, y así lo dejó listo. Ese tronco sería su primera canoa: la llamó La Mocha; estaba chueca y mal hecha, pero era útil; lo acompañaría por muchos inviernos hasta que pudo pagar una. Usó un tronco similar, tal vez un poco más corto y regordete, para hacer una batea para lavar ropa y un último tronco sirvió para diseñar un pilador de arroz manual.

Los troncos que consiguió en el cerro y en las lomas, mucho más largos, fueron para la casa que sus hermanos, Cristóbal y Lorenzo, le ayudaron a construir. Ellos eran hábiles en esos menesteres; la terminaron en dos semanas. Al fin quedó hecha su casa de caña y cade[1] en la loma más grande, así cuando subiera la creciente no se iría a pique. Cuando la terminaron se veía como una típica casita del campo con largos troncos, una escalera y corrales para los animales en la parte baja. Por fin pudo traer a Elena, su mujer, y a sus tres niñas pequeñas.

En el invierno, cuando la creciente llegaba e inundaba los campos, Elena se asomaba por la ventana y podía ver a su marido trabajando muy duramente en la chacra o en las tierras aledañas, sembrando arroz. Lo amaba profundamente aunque a veces le temía, pues cuando venía con hambre podía ser bravo de verdad, así que procuraba hacer su labor de cocina a tiempo. En buenos tiempos, cuando había mucha cosecha, tenía que cocinar de madrugada y unirse a su marido para ayudarle a recoger la cosecha, en ocasiones hasta las niñas ayudaban.

---

1 Hoja de la palma de la tagua.



Pedro mantenía a su familia —que creció con la venida del último hijo— con sus cultivos de arroz. Cuando no era invierno trabajaba con productos en la chacra, que luego llevaba a Guayaquil. Eran los años cuarenta y no existía el Puente de la Unidad Nacional, por lo que en una canoa grande, prestada, Pedro bogaba por lo menos tres horas, de la Aurora a Guayaquil. Llegaba a El Astillero y de ahí al mercado central, donde Gavilanes le intercambiaba el producto por comida. Cuando regresaba, bogaba la mayoría de las veces al lado de los lanchones o gabarras que transportaban guineo, que iban tan llenos que, por lo general, dejaban caer generosamente los gajos en el río; Pedro los recogía pacientemente, llegando con la canoa llena del guineo verde o maduro. Luego era muy bien recibido en su casa porque estos ayudaban a palIar el hambre en épocas duras.

Subía al cerro en temporada de choclos, de donde traía, por lo menos, dos sacos de maíz seco o lo que aguantara el burro.

Aprovechaba los sembríos abandonados para secar el maíz y lo traía a su casa: algunos los reservaba para las gallinas y los patos, y los demás los ponía en grandes ollas a hervir y luego los rallaba con su fuerza de hombre de campo, para que Elena se luciera haciendo unas ricas tortillas que degustaba toda la familia, con el delicioso café pasado.

Mucho después llegó una temporada que Pedro siempre recordaría con temor y respeto, una época que contaría a sus nietos como la de los dos inviernos. Para ese entonces ya tenía varios vecinos y todos sufrieron las inclemencias del mal tiempo. Ahora se entiende que se trataba del fenómeno de El Niño, pero en aquel entonces, sin la tecnología moderna y con su limitado conocimiento, no se lo denominaba así. Todos perdieron sus cosechas, el hambre se hizo presente, el invierno no cesaba, las lluvias eran espantosas y más de uno murió a consecuencia de los rayos de las tormentas eléctricas. El mismo Pedro fue alcanzado por uno cuando utilizaba su hacha cortando un guachapelí. Alcanzó a arrojarla muy lejos, no sin antes sentir el sacudón que lo dejó postrado por varios minutos en el suelo, todo tembloroso. Tras regresar a su casa, se recuperó bajo el amoroso cuidado de Elena.

En este mismo tiempo, la loma alta donde estaba la casa de Pedro se fue a pique y no le quedó más remedio que irse a tierra amarilla (tierras altas) e improvisar una choza para salvaguardar la vida de su familia. Sentado, pensaba qué hacer para no morirse de hambre; las niñas estaban delgadas, los recursos escaseaban, las cosechas se habían perdido. Dio la vuelta alrededor de su choza y se rascó más de una vez la cabeza. Entonces pensó en las recomendaciones de su padre para estas necesidades: recordó que él, en alguna ocasión parecida, le dijo que había sobrevivido gracias a los peces de las pozas, así que fue hasta una de ellas y la encontró llena de chemes (pez de agua dulce con aspecto poco

agradable, pero comestible). Trajo muchísimos, los saló ayudado de su mujer y luego, cuando estuvieron secos, los pusieron en sacos y con ellos se alimentaron, pero los niños se cansaban de comer pescados.

Un día, iluminado por su espíritu de supervivencia, tal vez cansado de comer pescado, observaba el cerro y viéndolo tan frondoso y tupido se le ocurrió una gran idea, que no sería un trabajo fácil, pero podría mejorar su situación. Fue hasta el cerro y cortó árboles que convirtió en leña. Se la llevó a Samborondón y a Salitre, donde la vendió muy bien, puesto que las personas utilizaban cocinas de leña y fogones. Así pudo llevar comida a su casa y sus hijos no tuvieron que comer el pescado seco que llegaron a detestar. Esto lo ayudó todo el invierno hasta que el mal tiempo pasó.

Los amigos del negro siempre recordaban una pelea memorable en un salón de Salitre, donde tres hombres le habían buscado bronca. Tircio, bastante cobarde por cierto, lo había acompañado aquella vez; él solía relatar la historia cuando se reunían a beber, riéndose con toda la mandíbula, dejando ver la encía desierta de dientes, luego se ponía en posición, casi como si lo estuviera viviendo y él mismo fuera el protagonista. Entonces boxeaba con los contrincantes imaginarios a fin de detallar cada escena de la pelea. Tircio pateaba y seguía repartiendo puños al aire y, de repente, se paraba señalando a un lado, donde, según él, había caído el primero; se viraba y pegaba arriba y abajo, y de repente señalaba otro lugar donde cayó el segundo; y por último pateaba a un último enemigo imaginario y daba cuatro o cinco puñetes en la cara para señalar su caída. Lo decía con mucho respeto, pues secretamente agradecía no haber tenido que participar. Terminaba diciendo que un hombre, desde una mesa vecina, testigo de todo, alzó su vaso de cerveza y exclamó con gran admiración: "¡Pero qué

lindo negro!". Esa historia contada por sus amigos acompañaría siempre a Pedro.

Los vientos fueron y vinieron, el tiempo pasó, los hijos crecieron. Pedro y Elena envejecieron en su campo vía Salitre, aquella tierra que no llegó a ser caserío ni recinto, pero fue su hogar. Más tarde llegó la luz eléctrica que reemplazó a los candiles, la televisión reemplazó a la radio y mermó a los escuchas de Radio Cristal. Llegó el Puente de la Unidad Nacional que reemplazó y restó importancia a los caballos y canoas. Y las ciudadelas aniñadas reemplazaron a los campos de arroz. Los familiares y vecinos emigraron a la ciudad, pero Pedro jamás abandonó su campo: esa era su tierra, sus inicios. Murió ahí un 2 de noviembre, como para ser recordado cada Día de los Muertos en Pascuales, cuando todos acostumbraban ir con su mejor ropa al cementerio y luego a los bailes en los canchones.

Ahora Pedro está enterrado con mi madre y mi abuela en la misma tumba, allá en Pascuales. Mi madre era una de sus hijas y yo una de aquellas nietas que se sentaban a escuchar sus historias de vida, fieles a la verdad, pues fueron confirmadas por mis tíos. Admiro su manera de enfrentar la vida y haber sacado adelante a su familia, él nunca bajó sus brazos; y nosotros, aunque criados lejos del campo, aún volvemos a él de vez en cuando para recordar nuestras raíces montubias, que salen a flote en nuestro carácter férreo y en la actitud de echados para adelante, herencia de Pedro Carranza, mi abuelo.



ROSA NANCY LOJA nació en Zaruma, El Oro, en 1978. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hijo Edwin Gabriel Cuenca estudia en la Escuela de Educación Básica Dr. José Rosas Zambrano.

Historia de la comuna Cochaguro en 2005

En nuestra comunidad Cochaguro había muchas mujeres pobres, que no podíamos hacer estudiar a nuestros hijos porque no teníamos dinero. Los que sí tenían harto dinero nos lo prestaban, pero nos hacían sus esclavas.



Entonces, un día, en el año 2005, un maestro y un padre de familia de la escuela Dr. José Rosas Zambrano se pusieron a conversar y a pensar. ¿Por qué no formar una cajita comunitaria de ahorro, con todas las madres que cobrábamos el bono?

Así que empezamos a ahorrar, de dólar en dólar, cada mes. Y cada año que nos tocaba poner a nuestros hijos en la escuela y el colegio, con ese ahorro comprábamos los útiles y el vestuario.

Ya no somos esclavas de los que tienen bastante dinero. Seguimos manteniendo la cajita de ahorro comunitaria. Unas pocas personas nos quisieron derrotar, pero no lo consiguieron porque hicimos legalizar la cajita. Y el maestro que nos ayudó a crear la caja de ahorro ya se jubiló y aún sigue ayudándonos a crecer para el bienestar de nuestras familias pobres.



JOSÉ LUIS INGUILLAY
vive en Columbe, Chimborazo. Está vinculado con la Unidad Educativa Hualcopo Duchicela.

Los ladrones de viajeros comerciantes

Antiguamente, no había transporte porque no había carreteras; por esta razón, los comerciantes transitaban a lomo de caballo, haciendo cargar la mercadería en asnos o caballos. Tenían que viajar largos caminos, inclusive se demoraban meses cuando



el destino era lejano; tenían que pasar las noches donde fuera para evitar ser robados por los delincuentes del camino; por este motivo, tenían que viajar en grupos.

Cierto día a un comerciante le tocó amanecer con un grupo de personas desconocidas, en el que un grupo de ladrones se había camuflado de comerciantes. Mientras se quedaban dormidos, los ladrones pusieron un polvo encima de las personas para adormecerlas y robar todo lo que llevaban. Dicen que el polvo que esparcían era hecho con los sesos de los comerciantes que perecieron a manos de ladrones.

Este comerciante, que era bien precavido, solo fingía que estaba dormido porque presintió que dentro de ese grupo había hechizos. Por eso él no durmió mientras todos los demás sí. Los ladrones se llevaron arreando a todos los animales con mercaderías, pero el comerciante que fingió dormir los siguió por detrás hasta el lugar

en que bajaron las mercaderías. Luego regresó, sin que den cuenta los ladrones, para comunicar lo sucedido a los demás. Al escuchar esta noticia, los comerciantes llamaron a todas las familias para reunir bastantes personas y así ir a recuperar lo robado. Y así lo hicieron: los ladrones se asustaron tanto que durante un largo tiempo dejaron de robar, pero luego continuaron haciéndolo.

Entonces los comerciantes decidieron organizar un plan para dar un buen susto a los ladrones: siete jóvenes comerciantes valientes se vistieron de diablos. Así, un día en que los comerciantes iban por el mismo camino de siempre, los ladrones los estaban esperando para cometer la fechoría. Entonces, de repente, delante de los comerciantes, aparecieron los diablitos bailando y entonando con flautines y bombos, en una mano traían espadas y en la otra cuchillos. Asustados, los ladrones se cayeron en un río muy grande y caudaloso: allí murieron todos. Desde ese día los comerciantes recuperaron la libertad y se terminaron los ladrones.

ANGIE GABRIELA HURTADO
nació en Sucúa, Morona Santiago, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Sucúa. Su actividad favorita es escuchar música.

No necesitan nada

Tenemos comodidades y aun así nos quejamos, somos indiferentes a la vida de las personas que no tienen nada, que a lo mejor son más felices que los que lo tenemos todo.

Después de siete horas en bus, dos horas en camioneta y cinco horas a pie, llegué a una comunidad llena de amor y cariño llamada Iniayhua, donde los niños son felices con muy poco, a tal punto que valoran hasta una simple funda que nosotros no necesitamos. Existen muy pocos alimentos porque es un poblado de escasos recursos económicos. Cuenta con una escuela de dos aulas, donde



los niños pueden aprender a leer y escribir. El idioma dominante es el shuar, lengua que los padres enseñan en sus hogares, por ello pocos entienden el español.

Viajar a ese lugar que no sabía que existía y conocer a personas tan maravillosas que son felices con casi nada es algo que nadie que no lo haya vivido puede entender. Es hermoso ver a todos los niños alrededor de la mesa, esperando ansiosos a que alguno de los visitantes les brinde un plato de comida; no les importa si tienen o no una cuchara para comer o una silla donde acomodarse; sentados cómodamente en el piso, la felicidad no puede fluir de mejor manera. Verlos con sus barriguitas llenas y sus corazones contentos es una sensación inexplicable.

Es increíble cómo este grupo de personas ha podido sobrevivir en ese ambiente. La comunidad es muy unida, la mayoría son personas que conocen a Dios. No tienen luz eléctrica; solo cuando

hace sol, el agua llega a sus hogares. El ruido de la naturaleza es la mejor música que se puede escuchar y las estrellas el mejor programa de televisión que podrían ver.

Mientras que las personas en la ciudad quieren ropa nueva, ir al cine o ir a conciertos, para ellos lo mejor que existe es esperar que una avioneta aterrice junto a sus viviendas y les traiga alimentos. La unión de la comunidad es impresionante: desde el más pequeño hasta el más grande ayudan a llevar los alimentos a sus hogares y los colocan en lugares donde puedan mantenerse en buen estado.

Su deporte favorito —aunque para nosotros no signifique mayor cosa— es lanzarse de lo más alto de una cascada: es lo más satisfactorio que pueden hacer. Los niños de Iniayhua tienen un don especial: todas las personas que tratan con ellos se encariñan; debe ser por su sencillez y humildad que hace que cualquier visitante quiera quedarse. La parte más difícil de mi visita fue la despedida porque sabía que, a lo mejor, jamás vuelva a visitar Iniayhua.

TANIA DORINDA ENCALADA
nació en La Tingue, Loja, en 1985. Trabaja en la Unidad Educativa Gral. Eloy Alfaro. Su actividad favorita es leer.

Docente principiante

Una ventisca, cargada de finas gotas de agua, me abofeteaba la cara y congelaba mi cuerpo en la cumbre de la loma Pasaloma, el lugar que me asignó el ministerio para empezar a ejercer, oficialmente, mi vocación y profesión docente, luego de haberlo hecho tanto tiempo por contrato o por servicios a instituciones o particulares.

Serían aproximadamente las 15.00, pero la densa neblina que cubría el ambiente hacía parecer mucho más tarde. En mi entorno, desperdigadas, unas siete casitas de bahareque y adobe,



con techos de teja donde anidaban wicundas y otras raquíticas plantas, curtidas por el frío y la soledad. En el patio de una de las casitas, la que estaba a mi costado derecho, frente a la iglesia, aunque un poco retiradita, había una mula parda, amarrada a un tronco de ciruelo, de aquellos que crecen paralelos al suelo, de un metro de altura, que invitaba a treparlo y usarlo de asiento. Unos cuantos pasos más allá, junto a un maltratado y tierno arbusto de hoja alargada, descansando de duras jornadas, una lampa, un medio machete de cacha colorada y un retorcido garabato nos extendían un helado saludo.

Un poco más atrás se veía una pequeña cabaña de un piso y medio, afianzada sobre cuatro pilares de madera noble que daba fe de la riqueza arbórea de la zona: se levantaba el piso superior con tablado de arrayán pulido, paredes de ladrillo y techo de teja; bajo el mismo, en el medio piso (o medio cuarto según se

aprecie), en la parte sin paredes, un horno de leña para hacer pan se levantaba achatado y a medio estrujar, quizá por el peso de los años o del lodo de la argamasa de su estructura, pero que estoicamente cumplía su misión de alimentar con sabroso pan a Mama Rosa, don José y su hijo don Freddy Ajila. Este último nos dios la bienvenida: era un hombre de figura enjuta y rostro cobrizo, con atuendo propio del sector rural; de palabras amables, firmes y poco entusiastas, con la paciencia de quien ha visto ir y venir muchos amaneceres y anocheceres, y con ellos a tantos docentes, médicos, trabajadores sociales y políticos extraviados que llegan anunciando el cielo y escapan, aprovechando la obscura neblina de un amanecer cualquiera. Él nos dio la bienvenida, ya que, por aquel entonces, ejercía la mayor dignidad en el comité de padres de familia.

En la casa del frente, la de los padres de Freddy, a unos veinte metros de distancia, sobre la verde alfombra de esteparia vegetación, vestido con un saquito viejo y raído, pero que aún dejaba ver el blanco de su color original, estaba Niño, un cachorrito de aproximadamente seis meses de edad. Junto a él, una vetusta lavacarita pequeña, de plástico, con uno de los bordes roto: no sé si era azul, verde o amarilla, pues el sol, el frío, la lluvia o el viento la habían descolorido. Con esporádicos y pausados ladridos sin mayor afán, el perro parecía decirnos que nos alejáramos de su casa: por su pobre empeño no sabía si era porque no le importaba mucho si nos acercábamos, por el frío que hacía aquella tarde o por el hambre que se dibujaba en sus costillas que se apreciaban en alto relieve.

Me alejé de la casita. Al descender a la plazoleta de suelo afirmado, protegida por la edificación más alta y elegante del caserío —o, mejor dicho, la única—, encontré la iglesia de tres pisos con una artística torre, construida en hormigón armado, de

blancas paredes y grandes puertas de hierro, que flanqueaban el paso a la casa de Dios. Ahí moraban algunos milagrosos santitos, protegidos de las heladas ventiscas y el frío inclemente que trituraba las fláccidas carnes de sus fieles devotos, que moraban en cabañas de bahareque y tejas, sin ventanas ni puertas.

Mientras admiraba la espléndida edificación de fe, razón, inteligencia y amor, se me erizaron los pelos en mi cabeza. Aparecieron a mi lado dos menuditas figuras cubiertas con bufanda, gorritos y un saquito abierto, ligero, para semejante frío; tenían las caritas grisáceas con pómulos colorados, con preciosas mejillas y media sonrisa. Me saludaron y, con ahínco, las animé a conversar. Eran Saida y su hermana, las dueñas del único perrito con saco, dos de los catorce hijos de don Hermis, su papá.

De ello habrán pasado ya dos años. Y bueno, para romper la visión de ires y venires del señor presidente, sigo aquí. Y no estoy con ánimos de escapar tras la helada cortina de cada amanecer, de la estrecha casita de adobe que nos protege del frío de la noche, porque frecuentemente la sonrisa de mis niños me ilumina con cualquier pretexto o sin él. Se cuelan sus menudas figuritas entre la cama, el escritorio y el Josa, ese nene peludito de cuatro patas y pelo caprichoso que crece a contrapelo, lo que le hace ver diferente y adorable. O por una amena y larga charla de alguna de las vecinas, que evidencian la calidez humana y el enorme corazón que bulle de confianza, fe, solidaridad y amor, en un lecho de necesidades, angustias y a veces desesperanzas, sobre las cuales ha de construirse el amor a la vida y el coraje de ser felices, en ausencia de casi todo y en goce de lo poco que Dios o la tierra prodiga.

Una mañana, mientras combatíamos el frío jugando a las cogidas, en la verde y encorvada alfombra de la lomita que se extiende a partir de la pequeña cabaña, entre borregos, burros y

mulares, lo vi: pequeñito y tierno, tiritaba de frío, adherido apenas con un hilito de vida, producto de ese coraje sobrenatural que solo el instinto de supervivencia puede darnos. Tenía su manita doblada y atada por una tira de un sucio trapo. "Estará lastimado", pensé de inmediato y fui corriendo. Al tomarlo entre mis brazos, vi que temblaba de frío, temor y hambre, estaba ansiosa y tenía una maternal ternura. Empecé a desatar la venda para ver su herida: ¡oh, sorpresa!, su pata estaba bien.

—Profesora —me dijo una de las niñas que estaba junto a mí: Hilary—, es que algunas personas acostumbran a amarrarles la patita de adelante a los perritos para que no bajen a las mazorcas de maíz y se las coman.

Me quedé perpleja, enfadada, furibunda, perturbada. ¿Por qué gente tan noble y buena puede hacer esas cosas? Es inhumano y criminal atormentar así a un animalito indefenso, lo está condenando a morir de hambre porque le impide buscar y tomar su sustento. Ya que no se lo proporcionan, por favor, no deben quitarle la posibilidad de tomarlo. Tal descubrimiento nubló, casi totalmente, la alegre mañana de sábado. Solo el angelito peludito de negro azabache, que llevé sin tardanza a mi casa para alimentar, abrigar y cuidar, apuntaló mi esperanza.

Días después, con más serenidad, en la comunidad dialogamos sobre los derechos de todos los seres vivos —y por supuesto de los perritos— a vivir y hacerlo con dignidad, porque ellos poblaron este mundo antes que nosotros, son nuestros hermanos mayores y es nuestro deber cuidarlos, que es lo que hacen ellos con nosotros. Ahora ya son pocos los casos de perritos con las patas atadas.

Las caritas siempre alegres de los niños son la mayor recompensa que una maestra puede esperar; lo demás, cualquier otra profesión puede darlo.

FREDDY EDUARDO AZANZA
nació en Macará, Loja, en 1964. Trabaja en la Unidad Educativa Fiscomisional Santa Mariana de Jesús. Su actividad favorita es la docencia.

El duende de La Lajilla

Macará, pueblito lleno de amor, colorido, lleno de encanto y prosperidad. Tiene un lugar paradisíaco, donde propios y extraños acuden, en diferentes épocas, a refrescarse del calor temporal. Acuden para estar en familia, con los amigos o por tener convivencia fraterna, ahí se estrechan lazos de amistad al ritmo de una linda canción, mejor si es “El valiente Macará”, y más aún si se canta la tonada “Bello lugar”. Todo esto se conjuga con el rico

y sabroso hornado de gallina, el chancho hornado o los ceviches de carne o pescado, acompañado de las riquísimas arvejitas, con guineo y aguacate, y el tradicional cantaclaro.

Este lugar tan hermoso, cobijado por el calor de los macareños, es el balneario La Lajilla, ubicado a pocos kilómetros de la ciudad, por la vía antigua a Loja, donde papá y mamá nos acompañaban para despedirnos cuando teníamos que viajar a la provincia, por estudios o uno que otro trabajo o negocio; se quedaban a la altura del Higuerón de las Lágrimas, llamado así porque en este lugar nuestros seres queridos lloraban nuestra partida.

En la vía también se observa una urna abandonada. Cuenta la historia que se la construyó por la muerte de un angelito que iba en burro, junto con su hermanito, los cuales llevaban la tonga a su papá que trabajaba en la siembra del arroz. Pero un chofer de volqueta que transitaba por el lugar se descuidó y lo arrolló. Ahí murió. El hermano que iba en burro milagrosamente se salvó. La gente religiosa y devota aún se santigua, le reza o le deja una velita prendida.

¡Cómo no guardar en nuestro corazón el verdor y la hermosura de los gigantes de la montaña Ceibos!, que en tiempos de verano canan[1], formando una blanca niebla en lo más alto. Ahí encontramos la planta llamada el checo, cuyo fruto es una bolita de color negro, que, en tiempos mozos, usábamos para jugar a las bolas, con gran habilidad: doblando el pulgar pepeábamos[2] algunos metros. Papá y mamá utilizaban el checo para lavar la ropa porque esta, al ser chancada, bota espuma blanca. También se encuentra el palo santo, que es una planta utilizada por nuestros queridos abuelos como remedio para los dolores reumáticos

---

1 El autor usa el sustantivo *cana* como verbo para expresar que la montaña blanquea.

2 Pepear: verbo coloquial que alude al juego de las canicas, lanzarlas con fuerza.



y, por su agradable olor, para ahuyentar mosquitos en época invernal, como el comején, que es un mosquito muy pequeño que construye, en las plantas muy grandes, su casita de barro.

Respirar el aroma agradable y la tranquilidad inexorable del balneario de La Lajilla es exorbitante, al cual arrulla el suave murmullo del río Macará, donde sopla el viento fresco de la mañana y del atardecer y se confunde con el trinar del chilalo, la chaca chaca, la chisca, la pugú, el tordo (negro garrapatero), el negro fino, la purragua, la perdiz, la garza y el perico macareño. Es misterioso y digno de admirar a las lagartijas, pacasos, iguanas, macanches, colambos, mariposas, avispas, broncanos y una variedad de insectos que llaman la atención a los turistas enamorados de la fauna silvestre.

Este lugar paradisíaco, bendecido por la mirada de Dios, es el complemento ideal para la hermosura de mi tierra linda Macará,

porque quien se baña en las aguas del río de La Lajilla, tiene que volver a este lugar, y si no tiene la oportunidad de volver, quedará encantado de recomendar a todo amigo La Lajilla.

El higuerón es una planta muy hermosa y tradicional, que da tranquilidad y crea misterio porque ahí es donde descansa el duende de La Lajilla. Pasadas las seis de la tarde, se recuesta junto a la hornilla para disfrutar del calor que emanan las brasas que han dejado los pocos turistas que hoy acuden al lugar, pues ahora está casi abandonado y desatendido. El duende se pregunta todos los días qué se puede hacer para que La Lajilla vuelva a tener la alegría que un día tuvo y que se la han arrancado, qué hacer para que los enamorados sigan dibujando en sus árboles los corazones románticos, como testimonio de que ahí estuvieron, qué hacer para que las familias traigan a sus niños a corretear y zambullirse en sus exquisitas aguas. Eso se pregunta mientras contempla a los trabajadores que, día a día, pasadas las cinco de la tarde, circulan de camino a su hogar, sin darse cuenta de la riqueza que está a su paso.

Llora el duendecillo cuando entra en meditación profunda porque por su mente pasan recuerdos muy tristes, provocados por algunas manos dañinas que han querido destruir su hogar. Recuerda cómo destrozaron su cabaña, sus faroles y sus pasamanos; recuerda la gran mentira que se inventaron para hacerle daño: dijeron que por el lugar aparecía una boa traída desde Perú, que se había tragado una vaca.

Alza la mirada mientras se pasea por el lugar, contemplando lo último que queda del bar. Regresa y se vuelve a recostar, admirando el río, mientras lanza una pepita de piñón en la espera de atrapar algún pescadito, repite la acción una y otra y otra vez, usando gusanitos que ha encontrado en la arena. Lágrimas bajan por sus mejillas y su cuerpecito se sobresalta al recordar los dinamitazos de los pescadores informales.

Cae la tarde. Se acerca a las cálidas arenas y comienza a escarbar en busca del añorado oro, que algún día ha de encontrar, porque, sin lugar a dudas, La Lajilla encierra un gran tesoro. Se incorpora. Su rostro emana una débil sonrisa. Con su cansada mirada, contempla un lobito que se zambulle río arriba. Entonces su interior se sobresalta, sopla, por sus ásperas narices, una gran porción de aire caliente y, con voz fuerte que hace eco por todo el lugar, exclama:

Yo soy el duendecillo,
vivo en este lugar,
lo he cuidado muchos años
y jamás lo voy a abandonar.
Yo vengo de los verdes matorrales,
de la cuna natural que existe aquí,
solo y triste compartiendo,
me he quedado por ti.
Yo vi un día
cómo la flor quiso salir,
pasando un campesino
con machete en mano,
¡zas!, la hizo sufrir.
Es tiempo de que me regalen,
la sonrisa que quise construir,
mas es cuestión de voluntades
lo demás lo encuentran aquí.
Vengan, hermanos míos,

que yo lo he de construir,
pues con todos los animales
lo haremos relucir.
La Lajilla llora y llora
todo este tiempo sin cesar,
la maleza se está contaminando
y los animales no vuelan ya.
Yo vi como un pescadito
que saltaba en sus aguas sin cesar,
pensé que jugaba conmigo
y en pocos segundos,
descansó en paz.
La garza lo contemplaba
y lloraba en su funeral,
a la vez que se preguntaba
si la comida se ha de terminar.




MANUEL PULLES CAICEDO
trabaja en la Unidad Educativa Libertad.

Reseña histórica del accidente de aviación

Han trascurrido sesenta y tres años de tan infausto acontecimiento. En mi tierna infancia, a los siete años, tuve el privilegio de vivir muy de cerca el trágico accidente de aviación ocurrido la mañana del 8 de julio de 1954.

Nos encontrábamos en clases, en la Escuela Eloy Alfaro N.° 75, de la parroquia La Libertad. A eso de las 8:30 se escuchó un ruido, nada usual en el lugar. De pronto, la población a viva voz gritaba: "¡El avión, el avión, el avión!". Salimos del aula, asustados y temerosos. Entonces avizoré, a la distancia, a la altura del sector conocido como El Niño, un avión envuelto en llamas, con mucho humo.

La curiosidad aumentaba, la multitud salía corriendo hacia el lugar del desastre. Se vio que al no poder superar la elevación del cerro Payurco, se estrelló y estalló en el sitio denominado El Salado, que es una pequeña planada de la hacienda La Rinconadita. Las autoridades de la localidad se trasladaron cabalgando al lugar del siniestro, las demás personas lo hicimos a pie. Seguimos avanzando por senderos y chaquiñanes que los moradores conocían, entre los matorrales de paja y las matas de mortiño.

Cuando ya nos encontrábamos a unos cuatrocientos metros de la tragedia, revoloteaban billetes parcialmente quemados, de diferentes denominaciones, de nuestra antigua moneda, el sucre, como si se tratara de hojarasca. Yo atrapé un billete íntegro de cien sucres y lo llevé entre mis manos. Más adelante, una persona adulta me lo arrebató de un manotazo, lo cual no me importó porque en la familia fuimos criados con valores: respeto, honradez, trabajo y catolicismo.

Como todo niño, tenía la ilusión de ver de cerca un avión y conocer a un piloto, pero nunca imaginé lo que encontraría en el lugar del accidente: se veían restos del avión ardiendo en llamas, fierros y latas incandescentes, y en medio de todo ello, el cuerpo del piloto como chanchito horneando. Qué tristeza y desilusión no ver el avión íntegro, sino solo fierros convertidos en chatarra.

El sacerdote de la época, vestido con zamarros, custodiaba los billetes que los asistentes recogían y depositaban en el montón; los ponían entre sus piernas y él los guardaba en el zamarro.



Mientras tanto, un grupo de indígenas otavaleñas, que se habían encontrado trabajando en la hacienda La Rinconadita, con sus follones limpiaban el lodo de las monedas en la acequia cercana al estrellamiento.

Posteriormente, se supo que el avión accidentado era un avión comercial que transportaba billetes y monedas en cajas de cartón, cantidad no confirmada, dizque con destino a Tulcán. Era piloteado por el capitán Gonzalo Dávalos, quien murió calcinado; el copiloto Nelson Maldonado sobrevivió al haberse lanzado al aire antes de su estrellamiento y luego fue trasladado en chacana a la ciudad de El Ángel. Después de todo este episodio, recuerdo haber regresado a casa con una pieza del resto del avión y una bocina —o al menos tenía esa apariencia— para utilizarla como juguete en aquella época.

De todo este hecho histórico surgieron muchas hipótesis y leyendas: las autoridades de la época podrán dar cuenta de toda esta historia, ocurrida en la parroquia La Libertad, cantón Espejo, provincia del Carchi, durante la tercera presidencia de la República del doctor José María Velasco Ibarra. Este hecho histórico e insólito merece ser reseñado y recordado por las presentes y futuras generaciones, al igual que un hecho anecdótico, que les voy a contar: el cantautor de nombre Marcelino, a pesar de su discapacidad, con su guitarra, entonaba el estribillo: "Todos los de La Libertad dicen que no han cogido un centavo, cuando todos los días comen cuy, gallina y pavo". Con ese estribillo solicitaba una colaboración en un pozuelo, era aplaudido por su inspiración y todos le colaboraban generosamente.




JORGE VINICIO TOAQUIZA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Remigio Crespo Toral.

Un perro

Había una vez un perro muy hambriento. Como no tenía qué comer, se comía a los animales. Muchas personas lo vieron cazando a un conejo. La gente entendió que era importante el bienestar del animal y por eso se llevaron al perro a la casa, le dieron de comer y vivió muy feliz.



Shuk ashkumanta

Shuk punchapi shuk ashkuwami tiyarka, mana mikuna charirka chay ashka yarikaytami charishka chaymanta wiwakunata mikushpa purirka, chay ashkuta ashka runakunami rikurka miku shuk wallinkuta hapishpa apamurka karikunaman chay ashkuta, wasimanmi aparca, chay ashkuka kuyashpami kawsarka sumakta.




CARLOS ENRIQUE ZAMBRANO CEDEÑO nació en Coca, Orellana, en 1977. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Víctor Sergio Ron. Su actividad favorita es la pesca.

Relato de mi infancia sobre la erupción del volcán Reventador

Les cuento que yo vivía en la comunidad Las Minas de Huataraco, desde los dos años de edad. Comencé a estudiar, en ese tiempo, en una escuela sin nombre, que después se llamó escuela fiscal mixta Yaguachi, hasta la actualidad. A escasos 110 metros pasa

el río Coca, que nace en el cantón Quijos y recoge las aguas de todos los ríos y esteros a lo largo de su recorrido; el Coca, a su vez, desemboca, junto a la cuidad del mismo nombre, en el río Napo.

El sábado 7 de marzo de 1987 nos encontrábamos en nuestro domicilio, con mis padres y hermanos, viendo un libro que se titulaba *Abramos surcos*. Con dos mecheros en la mesa del comedor, comenzamos a leer y ver sus fotografías, que eran bastante dinámicas por sus historias y contenido. En ese tiempo no teníamos electricidad y todo era más duro en cuanto a las actividades de la casa. El libro lo había traído mi padre desde la ciudad del Tena, de un curso pedagógico, él era profesor. Recuerdo que faltaban pocos minutos para las 21:00 cuando se sintió un pequeño ruido que, en segundos, se transformó en un fuerte temblor que nos aterrorizó. Empezamos a correr al patio donde teníamos una cancha.

Enseguida prendimos la radio para saber dónde era el epicentro del temblor. Como en ese tiempo no teníamos señal de televisión nacional, solo se usaba la radio. En el lapso de cincuenta minutos se dio a conocer que el epicentro fue en el volcán El Reventador, con una magnitud de 6.1 en la escala de Richter.

Más o menos a las 23:10 sentimos un temblor más fuerte. Esto no puso más nerviosos a todos. Yo, que tenía apenas nueve años y diez meses de vida, les abrazaba mis hermanitos, estábamos en un petate en el patio de la casa para evitar alguna desgracia, como caída de árboles o de la vivienda. Así pasamos la noche con mis padres.

Con todo el país y en especial la comunidad alarmados, con pánico e informados, se supo que algunos camiones y buses que viajaban con pasajeros desde el Coca, Sacha, Shushufindi y Lago Agrio se salvaron de ser arrastrados por los derrumbes, pero otros no corrieron con la misma suerte y se fueron con grandes



masas de tierra y deslaves. Recuerdo también que ese día fue el licenciamiento de los conscriptos en la Brigada 19 de Napo, del Batallón Tiputini y de Puerto El Carmen, muchos de los cuales perecieron al retornar adonde sus seres queridos o a su lugar de origen, después de cumplir con la patria por un año.

Todos los habitantes de la comunidad nos acercamos a las orillas del río Coca, en el sector donde vivíamos, porque este tenía demasiada agua, más de lo normal, como sucedía en invierno, pero entre las 13:30 y las 14:00 el río comenzó a bajar su caudal de una forma anormal. Se iba quedando sin agua y los peces empezaban a asfixiarse; los habitantes bajaban a cogerlos con facilidad. Esto era algo extraño para todos, pero, en efecto, era real; esto duró aproximadamente cuarenta y cinco minutos: el río permaneció con un caudal de unos sesenta centímetros de altura por dos metros de ancho.

Luego, a lo lejos, se escuchó un ruido parecido a un viento fuerte golpeando las hojas de los árboles y las ramas. Entonces se pudo ver que una gran masa de lodo venía viajando en el caudal de agua. Cuando pasó por nuestro sector, tenía un olor a lava volcánica, se percibía el olor a azufre, lo que era algo bastante extraño; se podía ver con facilidad que bajaban planchas de zinc, carrocerías de buses y camiones, enseres de casa como neveras y cocinas, animales domésticos que habían perecido por la braveza de la naturaleza. Esto se vio durante más de veinte y cuatro horas, hasta que toda el agua del río, que se encontraba represada en las cabeceras, rompió la represa y se unió a su caudal; de esa forma, se lavaron las orillas del río. Desde ese momento, muy pocas veces el río tiene su color original, que era de aguas claras y verdosas, con peces.

Para abastecer a la ciudadanía de Sucumbíos y del sur de Napo, o sea, el Coca y Sacha, un avión de las Fuerzas Armadas, que se llamaba El Búfalo, prestaba ayuda; además, los camiones hacían su ruta por la frontera oriental de Colombia, por el río San Miguel, atravesando la sierra de ese país, hasta llegar al otro paso, que era legal, que es hasta hoy donde está el puente internacional de Rumichaca.

Así pasaron los años hasta que todo volvió a la normalidad, pero aún faltaba la noticia que causó tanta emoción en los habitantes de la región oriental: el señor presidente, el ingeniero León Febres Cordero, dio la noticia de que se construiría la carretera Hollín-Loreto-Coca para acortar tiempos y evitar que el Oriente continuara marginado por los derrumbes y la geografía del terreno. Hoy, esta carretera es la principal arteria en la Amazonía.




EDISON FABRICIO MUSUÑA
nació en Pujilí, Cotopaxi, en 1988. Actualmente es entrenador de futbol. Su hija Britany Cristel Musuña estudia en la Unidad Educativa Jacinto Jijón y Caamaño.

Un desastre de la naturaleza

Recuerdo que en el mes de marzo de 1996, en la provincia de Cotopaxi, cantón Pujilí, solíamos vivir en el campo, con mis padres y mis hermanos. Nuestra vivienda era una casa humilde, de adobe con tejas, junto a otra de bloque con Eternit.

Para mis padres, un día normal era un día de trabajo en el campo; para mí era ir a estudiar en la escuela Delia Ibarra de Velasco, en La Merced, adonde llegaba caminando en una hora.

Cansado, al concluir mis actividades académicas, regresaba a casa de igual forma. Ese día mi papito Arturo se fue a la montaña a trabajar con mis abuelitos paternos, es decir, a sembrar; y mi mamita Estefa se quedó arreglando la casa y cuidando a los animales: vacas, borregos, gallinas, entre otros.

Cuando mi papito Arturo ya estuvo de regreso, a eso de las16.00, mi mami comenzó a preparar la merienda y a calentar el agua para que mi papi se bañara —no teníamos ducha—, pues él, al siguiente día, tenía que ir al trabajo en el Oriente ecuatoriano. Mientras mi papi se bañaba y mi mami seguía cocinando, con leña, un rico caldo de gallina, pasó algo que me marcó para toda la vida: la tierra comenzó a temblar y los árboles se movían de un lado a otro.

Con mi hermano Cris estábamos en la casa de bloque con Eternit. Vimos cómo mi mami salió corriendo con mi hermano Gilson en brazos, que en ese tiempo era un bebé; estaba desesperada. De pronto la casa con adobe se fue al piso. Todo era polvo. En la otra casa, nos abrazamos, miramos todo y comenzamos a llorar. Entonces se asomó mi papito Arturo: venía a salvamos, estaba semidesnudo, pues no tuvo tiempo de bañarse. Salimos al patio, todos asustados, la tierra seguía temblando. Cerca del patio teníamos árboles de eucalipto y pino que se movían, parecía que se iban a caer sobre nosotros.

Corrimos al terreno vacío, nos pusimos de rodillas, nos abrazamos y oramos en familia. Creíamos que era el fin del mundo porque se podía apreciar cómo las montañas se movían y se unían entre sí; las viviendas de los vecinos también se fueron al suelo. Llegó la noche. Aterrorizados y sin luz, en una oscuridad total, nos arriesgamos a ir a dormir en la otra vivienda que no se cayó, acompañados de mis abuelitos paternos. Sinceramente no se pudo dormir porque el miedo siempre estuvo presente. Esa



noche fue la más larga, ya que la tierra seguía temblando cada cinco o diez minutos. Se escuchaban estruendos, como unas olas por debajo de la tierra, mientras los animales —vacas, gallinas, perros, entre otros— se desesperaban.

Así llegaron las cuatro de la mañana y mi papito Arturo tenía que ir a trabajar en el Oriente: su jornada laboral era de treinta días y descansaba siete. Nos quedamos solos. Mis abuelitos sugirieron ir a su casa, ellos vivían en otro barrio, a unos treinta minutos caminando, así que nos fuimos. Mientras íbamos avanzando en el camino, apreciamos la tierra abierta como quebradas, árboles en el suelo; no se podía caminar. Llegamos a la vivienda de mis abuelitos al amanecer, pero no nos quedamos ahí, sino que fuimos a la casa de mis abuelitos matemos. Ahí encontramos a mi abuelito Honorio llorando: su casita también se había caído con el desastre natural. Su casa de paja y sus utensilios de barro quedaron hechos escombros. La verdad, qué triste que fue eso.

Regresamos a casa con mi mami Estefa y mis hermanos. Encontramos personas llorando, asombradas por el desastre. Lo poco que teníamos se había destrozado, nos habíamos quedado sin nada, no teníamos en qué cocinar, solo nos mirábamos unos a otros y llorábamos. Entonces llegaron mis abuelitos paternos con mis tíos y comenzaron hacer una minga para tratar de recuperar algo. Recuerdo que encontramos cocinas y ollas aplastadas, vasos rotos; en fin: todo destruido.

Enderezamos una olla y rescatamos la gallina que mi mami estaba cocinando antes del desastre, la limpiamos bien y cocinamos: era el único alimento y teníamos mucha hambre. En la tarde del segundo día, después de la minga, nos fuimos con mis abuelitos paternos a su casa, pues nos daba miedo estar en la nuestra. Mi tío armó una carpa en el patio para nosotros y dormimos en aquel lugar, donde la tierra seguía temblando.

Al tercer día, regresamos a casa y recibimos ayuda de la Brigada Patria de Latacunga: nos dieron carpas, cobijas para la comunidad, hicieron un albergue en el estadio del barrio y ahí hicimos la comida. Se podría decir que nos sentimos un poco de más tranquilos. Durante el día pasábamos en nuestras casas, en la noche dormíamos en el albergue. Como yo era un niño, en la noche solíamos jugar futbol con mis amigos de la infancia, con la luz de luna, pero de pronto se escuchaba llorar a los animales y nosotros corríamos a buscar refugio donde nuestras madres.

Así pasó un mes y la tierra ya no temblaba mucho. Regresamos a casa. Los dirigentes del barrio planificaron hacer mingas y buscaron ayuda para construir nuevas viviendas. La gente comenzó a trabajar, adultos y niños, todos ayudábamos con la esperanza de que nos ayudaran a nosotros también, pero no fue así: no nos aprobaron la ayuda y quedamos en la nada, más pobres que antes.

Después de eso, mi papi Arturo llegó del trabajo y se enfermó, pero a pesar de su mala salud construyó una pequeña casa de palos y plástico para acomodamos. Se enfermó durante seis meses, sin trabajo y sin dinero, sin tener con qué alimentamos, pasando muchas necesidades.

Gracias a Dios, mi papi Arturo se recuperó. Desde ese momento, Dios nos ha dado muchas bendiciones; gracias al gran esfuerzo de mis padres soy lo que soy y tenemos lo necesario para ser felices.




LEONEL QUIÑÓNEZ VALENCIA nació en San Lorenzo, Esmeraldas, en 1946. Actualmente está jubilado. Su hija Ruth Dayana Quiñónez estudia en la Unidad Educativa Abdón Calderón.

Los cedros de Óliver

El hermoso paisaje de Borbón, en el cantón Eloy Alfaro de la provincia de Esmeraldas, fue el comienzo de la larga travesía. Era una cálida mañana, de las que el aire da caricias ligeramente yodadas, salitrosas y frescas, provenientes del océano Pacífico, el cual recibe las aguas del río Santiago, que frente a nosotros se une con el río Cayapas, en la comunidad Punta de Piedra.



Pequeñas canoas, elaboradas con madera por las hábiles manos de los campesinos de la zona, surcaban las aguas, impulsadas por los remos, con el accionar vigoroso de sus tripulantes. Este es el medio de transporte hacia y desde las comunidades vecinas, que sirve para cumplir varias actividades como la pesca, la agricultura y la recolección de productos agrícolas como el plátano, caña de azúcar, piña, naranja, coco, guaba, zapote, entre otros, que luego venden en Borbón, donde se desarrolla diariamente una gran actividad comercial.

En una lancha iniciamos nuestro viaje por las tranquilas aguas del río Cayapas. En treinta minutos, aproximadamente, llegamos a la desembocadura del río Onzole; aguas arriba, una exuberante vegetación nos sorprendió. En los dos márgenes del Cayapas había plantas acuáticas; hermosas flores de variados colores y tamaños; muchos árboles: de laurel florecidos, pocos pero frondosos; de

clavellín que parecían de Navidad, decorados con hermosas flores de color rojo intenso; de naranjo con abundantes frutos que pendían de sus ramas y acariciaban el lecho del río.

Nos acercamos a una casa de una finca, cerca a la orilla. Sentadas en un trozo de árbol cercano a la vivienda estaban cuatro personas.

—¡Buenas tardes, señores! —saludamos.

—¡Buenas tardes! —respondieron con amplia y espontánea sonrisa, propia de la gente afroecuatoriana de la zona.

—Por favor, ¿nos venden naranjas?

Con suma amabilidad y sencillez se levantó de su "cómodo" asiento una señora de aproximadamente unos cincuenta años. Nos acercó un filoso cuchillo de mediano tamaño:

—Escojan las que gusten y sírvanse —dijo ampliando su perlada sonrisa.

Mientras degustábamos las deliciosas naranjas, de forma natural, como si nos hubiésemos conocido hace mucho tiempo, entablamos un ameno diálogo:

—¿Adónde se dirigen?

—Vamos a la comunidad de Arenales a una reunión de trabajo. Nuestro compañero de viaje nos ha invitado para plantearnos algunas necesidades relacionadas con la explotación forestal, salud, educación y otros. Somos de una unidad técnica ministerial.

—Oh, qué bueno que quieran ayudar a nuestra gente.

Como el diálogo se prolongaba, a modo de despedida, expresamos:

—Bueno, señores, muy agradecidos por su hospitalidad y por las deliciosas naranjas. ¿Cuánto les debemos?

—Ja, ja, ja, nada, señores, que les vaya bien. Cojan más naranjitas para el viaje.

—Gracias, don Manuel, don Julio, don Pedro y doña Luisa. Mi nombre es LQV, un servidor vuestro. —Nos despedimos reiterando nuestro agradecimiento. En mi mente se afirmaba la idea de que algún día regresaría para saludarlos y disfrutar de nuevo de su sabrosa conversación.

Continuamos nuestro viaje. Aproximadamente a las 14.00, luego de seguir disfrutando del sencillo y encantador escenario natural, llegamos a Arenales, donde fuimos recibidos con mucha cordialidad y respeto.

César —el motorista que conducía nuestra lancha—, un voluntario de una agencia de cooperación internacional, los moradores de este centro poblado y yo analizamos diversos temas con el propósito de contribuir a mejorar la calidad de vida en la comunidad, y terminamos con el compromiso de regresar lo más pronto posible con algunas propuestas concretas, fundamentadas en lo tratado en la reunión.

En efecto, regresamos y trabajamos juntos por varios años, inolvidables para mí, en los que hicimos formación y legalización de la organización comunitaria, capacitación socioorganizativa y manejo forestal comunitario, legalización del territorio comunal, capacitación en corte y confección para mujeres, construcción de un centro de servicios múltiples (tienda comunal, servicios higiénicos, sala de reuniones, área de alojamiento dotada de camas de madera construidas por los mismos campesinos, elaboración y venta de pan, etc.).

En una de tantas visitas surgió una relación de respetuosa amistad con un campesino, amante de la naturaleza y de la protección de los recursos naturales, que me compartió su ejemplar historia. Su nombre era Óliver Perlaza, quien formó su hogar con doña Alba. En sus familias tenían la tradición de hacer un regalo a cada hijo el día de su nacimiento. Doña Alba tenía

ya varios meses de embarazo. Sentados en el pequeño corredor de su casa, ubicada frente al río, en una hermosa noche de luna, conversaban sobre qué regalar a su primer hijo ya que no tenían dinero. El regalo debía ser algo importante, significativo. Surgieron y se desecharon varias ideas hasta que, de pronto, dijo Óliver:

—Sembremos un cedro.

—Buena idea —respondió doña Alba.

Luego se fundieron en calurosos y amorosos abrazos, y entre risas dijeron:

—¡Pero como no vamos a tener un solo hijo, debemos sembrar más árboles!

—Sí, sí… ja, ja, ja.

Pasó el tiempo y los arbolitos de cedro crecían mientras aumentaba el número de hijos.

Según la necesidad talaban y vendían uno o varios árboles, pero lo hacían de forma controlada. Así financiaron la educación de sus hijos. Cuando estos se hicieron mayores, también ayudaron a paliar alguna necesitad de ellos y de sus nietos.

La ambición de los intermediarios de comercialización de madera se hizo presente con tentadoras ofertas por los hermosos cedros, pero nunca lograron convencer a Óliver, quien los recibía con cordialidad y luego les decía:

—No, señores, no hay negocio. Cuando necesite vender, yo les aviso —decía sin poder ocultar su franca sonrisa.

Cuando Óliver observaba en las fincas vecinas a los tractores forestales sacando la madera y dañando el suelo, se decía: “La naturaleza es nuestra madre, nos da todo: ¿por qué la maltratamos?”.




YUNIBER URETA
nació en El Carmen, Manabí, en 1999. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Yasuní. Su actividad favorita es jugar índor fútbol.

La historia de Justin y Jimmy

Esta historia ocurrió en un lugar muy lejano, en una comunidad llamada El Laurel, cuyas personas tenían buen corazón. En aquella aldea vivía un niño llamado Justin, que tenía cuatro añitos: vio cómo era el mundo de afuera y comenzó a imaginarse cosas, que le contaba a su mamá. Su madre, muy complacida, le dijo:

—Hijo, tú tienes que ir a la escuela.

A los cinco años, Justin conoció a Jimmy y se hicieron amigos. Fueron juntos a la escuela: tenían que caminar un kilómetro, pero aun así llegaban a tiempo. Mientras caminaban, Justin le contaba a Jimmy sobre los sueños que tenía para cuando terminara los estudios: decía que primero estudiaría y luego escogería una carrera. Pero no solo Justin tenía sueños que cumplir, Jimmy también: él decía que su único sueño era ser fanático del entretenimiento deportivo de la WWE.

Jimmy, al igual que Justin, sacaba buenas notas en la escuela, pero eran alborotados o, como algunos decían, muy inquietos. Cada vez que salían de la escuela, se iban a bañar en un río que quedaba unos metros más allá; regresaban a las casas una hora más tarde, hacían sus tareas y se iban a divertir con sus demás amigos. En la casa también ayudaban a sus padres a hacer algo, lo que más les gustaba era barrer.

Justin tenía tres hermanas y dos hermanos, ellos también estudiaban pero estaban en la última etapa. Jimmy solo tenía un hermano y dos hermanas que ya habían acabado el colegio. Tenían once años cuando a Jimmy y Justin les faltaba un año y medio para acabar la escuela, donde todo era increíble porque solo había diversión, nunca pasaban aburridos en el aula. La maestra no se enojaba por las tonterías que hacían, al contrario, se reía. Jimmy y Justin acabaron la escuela, se llevaron muchos recuerdos juntos y de sus demás compañeros. Se despidieron porque se iban de vacaciones, cada quien por su lado. Después de dos meses fueron al colegio: fue impresionante haberse encontrado otra vez.

Ahora tenían que viajar en bus porque el colegio quedaba bien lejos; ahí se hicieron amigos de otros compañeros, con quienes se llevaban muy bien. Los licenciados eran buen dato porque explicaban cómo debían hacer los deberes en la casa, además de que les hacían reír en clases.



Jimmy y Justin pasaron un buen tiempo en el mismo paralelo, pero después los cambiaron. Días después Jimmy se hizo amigo de Frízer, que también era buen compañero y chistoso al igual que Justin. Se llevaban bien con todos. En el colegio había programas, juegos deportivos, entre otros. A Justin le gustaba participar, pero a Jimmy no le agradaba nada de nada porque tenía vergüenza de las chicas, tampoco le gustaba bailar ni hablar en público, mejor dicho: era el más callado del aula en ese entonces.

Después de un año y medio, antes de las vacaciones, siempre se reunían en la cancha para jugar fútbol: Justin era un buen jugador, el mejor de la comunidad. Justin y Jimmy, de vez en cuando, se encontraban en fiestas: a Jimmy no le gustaban, pero Justin a sí porque, aparte de no tener padre, salía con su hermano mayor, sin problema.

Cuando faltaba solo mes para finalizar el año lectivo, Justin conoció a una chica a la que le decían Lucecita; él nunca se imaginó

que ella había estado enamorada de él. Jimmy también conoció a una chica llamada Maribel que estaba enamorada de él, pero para él era vergonzoso estar con ella. En el fin del año lectivo todos se reunieron para a hacer una comilona junto con su profesor.

En la casa Justin no se sentía bien porque estar en el colegio era mucho más importante. Como hacían desde que eran amigos en la escuela, Jimmy y Justin siempre se encontraban para ir a jugar pelota. Una tarde se pusieron a platicar sobre las profesiones: Jimmy le dijo que lo único que quería ser es un gran corredor de moto, esa era su única meta, terminar sus estudios y empezar a practicar para ser un gran corredor. Justin, admirado, le dijo que aún le faltaba para ser más que un gran corredor y también le dijo:

—Cuando acabemos, vamos al ejército, es más chévere.

Jimmy preguntó:

—¿Será bueno?

Y el otro respondió:

—Depende de cómo estén los tiempos.

En los tiempos libres se iban en la moto a dar una vuelta por el colegio, ya que no había qué más hacer, aparte de los deberes y ayudar en la casa. A Justin, que era un chico muy respetuoso, le gustaba ser amigo de gente adulta. Jimmy siempre pasaba como loco, haciendo bulla con su moto; él era loco al igual que Justin. A Justin le gustaba correr en la moto, escuchando música. Él decía que era para sentir la adrenalina.

En el camino conoció a una chica llamada Lucía y la enamoró, pero a los seis meses terminaron porque ella era muy celosa. Jimmy y Justin habían conocido muchas chicas que los volvían locos y bailaron con todas. Jimmy tenía cuatro, Justin tres: él amaba a las tres por igual. Jimmy y Justin, que siempre se encontraban por ahí para charlar sobre sus vidas y contarse todo, decidieron no hacer

sufrir a ninguna y mejor solo ser amigos. Jimmy y Justin siempre salían a andar en las motos, les gustaba salir a divertirse, ya que no tenían nada más que hacer; ahora eran solterones y simpáticos.

El sueño de Justin era irse a la milicia; su hermano Fabián le dio todo el apoyo y se inscribió. Pero antes de eso, fue a despedirse de su novia: fue algo muy triste para ella y su familia. Ella preguntó:

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

Él respondió:

—Muy pronto. Si todo sale bien, estaré de vuelta muy pronto.

Pocos meses después, él regresó para a visitar a su familia. Estaban orgullosos porque había hecho lo correcto con su vida. Justin, muy agradecido con su familia, les dio un abrazo a todos por el gran apoyo brindado. Ellos lo felicitaron y le hicieron una buena bienvenida.

Pocos días después, Justin fue a visitar a su mejor amigo: le dio una sorpresa y un fuerte abrazo. Jimmy le preguntó dónde se había perdido tanto tiempo. Justin le dijo que se había ido al ejército.

—Ahora soy subteniente —dijo.

Jimmy, que no lo podía creer, dijo:

—Eso suena bien. ¿Qué más aprendiste allá?

—Uf, muchas cosas, unas buenas y otras malas —dijo Justin—. Pero ¿qué hay de ti?

Jimmy respondió:

—Yo soy el mejor corredor de todo el mundo: gané la Copa Flash X3.

Justin dijo:

—Eso también es algo genial.

Entonces Jimmy le dijo a su amigo:

—Justin, ven te presento a mi mujer y a mi hijo.

—¡Wow, no lo puedo creer!

Jimmy dijo:

—Ella se llama Natalia y él se llama Sebastián y tiene solo tres días de nacido. Tú serás su padrino.

—¿Yo? ¡Encantado de la vida! —contestó Justin.

Ambos se felicitaron por las buenas obras que habían hecho desde la escuela. Juntos dijeron esta frase:

—Siempre para delante. Un sueño se puede cumplir si pones todo tu empeño. —Justin y Jimmy se fueron a manejar sus motocicletas, diciendo—: Vamos a recordar el pasado. El que llegue primero gana.

Y así termina la historia de Justin y Jimmy, los dos mejores amigos que nunca se dieron por vencidos.




ISABELITA VALENCIA
trabaja en la Unidad
Educativa Fiscomisional
Ángel Barbisotti.

El gran pez y los delfines

En un pueblo muy hermoso de la provincia de Esmeraldas, llamado El Olivo, ubicado en el cantón Rioverde, vivía una niña llamada Isabelita Valencia. Cuando ella apenas tenía nueve años edad, fue testigo de un acontecimiento muy espectacular.

La niña siempre escuchaba a sus abuelos recomendar a sus tíos que cuando fueran al río no estuvieran cerca de la poza y que tuvieran mucho cuidado. Ella se preguntaba cuál era la razón para

no poder bañarse en la poza, pues allí había la mayor cantidad de agua en verano. Es así que la niña decidió preguntarle a su abuelito cuál era el motivo. Él le conto que muchas personas decían que ahí había un gran pez y que no entendían cómo había llegado hasta allí.

Su abuelo acostumbraba festejar, en su casa, las fiestas de la Virgen del Carmen: se reunía mucha gente del pueblo y de los recintos aledaños, pasaban de risa en risa, de conversación en conversación. Ahí sacaron a relucir lo relacionado con el pez gigante: decían que se había comido a varias personas y, sobre todo, se había comido a los cayapitas que bajaban a comprar víveres en sus canoas, desde sus comunidades, para consumos o venta. Muchos de ellos desconocían la existencia de este animal, por eso eran presa fácil y perecían al ser atacados por el pez, pues hacían mucho ruido con los canaletes en los filos de la canoa, entonces el pez se despertaba y subía de su escondiste entre las rocas.

Los más ancianos de la comunidad decían que el pez podría haber venido del mar, en invierno o con la marea alta, cuando era pequeño, y como fue creciendo ya no pudo regresar a su lugar de origen; a medida que se hacía grande, cavaba las piedras y rocas para poder hacer su cama y estar cómodo, por esta razón la poza era grande y profunda.

Preocupadas las autoridades ante aquella situación, decidieron poner un comunicado en la radio para todas las personas que vivían en la parte de arriba de la parroquia Chontaduro, para que tuvieran mucho cuidado cuando pasaran por la poza de El Olivo. Recomendaban arrastrar la canoa por la orilla para evitar ser devorados por este animal feroz.

Un día me encontraba lavando con mi mamá, junto a un higuerón que estaba cerca de la poza; algunas de las ramas se inclinaban hacia el río. De repente, cayó un animalito, que no



tuvo la oportunidad de llegar a la tierra. Observamos que del agua salió la cabeza de un pez gigante y se lo comió. Esto fue muy preocupante, sorprendente y espantoso. Me causó mucho terror. Ya no quería acompañar a mamá a lavar al río. Esto no permitió que continuara aprendiendo a nadar.

En otra ocasión mi abuela y yo estábamos en el río, la marea estaba alta. Observamos que por la orilla del río subían unos animalitos. Yo le pregunté qué eran y ella me respondió que eran delfines, también me dijo que se los conoce con el nombre de "bufeos". No eran muchos, más o menos de ocho a diez. Ya cerca de la poza, el pez gigante los devoró tan rápido que solo escaparon tres.

Esto no acaba allí: al día siguiente, a eso del mediodía, comenzó a subir el agua. Con ella también subieron miles de delfines por la orilla del río, ya que los tres que se escaparon fueron por ayuda. Se veía tan lindo: esa imagen quedó impregnada en mi memoria.

Cuando llegaron a la poza, los delfines comenzaron a atacar al gran pez. De pronto, sucedió algo muy espectacular: todos los delfines unidos lo golpearon una y otra vez, llegaron muchos delfines más hasta que acabaron con la vida de este pez gigante. A pesar de la gran masacre en la que perdieron la vida muchos delfines, fueron muchos más los que salieron victoriosos. La poza de El Olivo estuvo teñida de sangre por dos días, los cuerpos muertos de los delfines y del pez rebalsaron al siguiente día.

Los moradores, uniendo fuerzas, con soga y palos, lograron sacarlo a la orilla del río. Estaban asombrados; decían: “¡Cómo este animal pudo sobrevivir tanto tiempo allí! ¡Cómo había hecho la cueva para su escondite!”. Medía diez metros de largo y tenía un gran diámetro. Discutían entre ellos: unos decían que era un tiburón y otros que era un mero; lo cierto es que, sea lo que haya sido, era un gran pez.

Muchas de estas personas cortaron carne del pez para alimentarse, pero mi abuelo prohibió a su familia hacerlo, ya que este animal había acabado con la vida de muchos habitantes.

De esta manera acabó la pesadilla y este pueblo y sus habitantes fueron felices para siempre.

NOELLA VÉLEZ
nació en Guayaquil, Guayas, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional San Francisco Javier. Su actividad favorita es leer.

Un acontecimiento inesperado

Déjenme decirles que las anécdotas son algo pasajero o, mejor dicho, son momentos vividos durante nuestra infancia, juventud, vejez; quién sabe si lo que estás viviendo en estos momentos te hará reír en el futuro, cuando se lo cuentes a tus familiares, amigos y, por qué no, a tus hijos y nietos.

Yo les voy a relatar una de estas historias, una de las casualidades de mi vida, que será buena para ponerse a pensar cómo resultarán



las cosas en ese día o en cualquier otro. Lo importante es saber con quién las vives para así conocer a tus verdaderos amigos y a las personas que más amas.

Mi historia empieza como un día cualquiera. En aquella ocasión, mi mamá y yo salimos a visitar a mi abuela: ella vive cruzando el río, que, por cierto, es muy hermoso e ideal para refrescarse en un día caluroso, y qué mejor que ir con toda la familia en los días de altas temperaturas.

En ese tiempo tenía diez años. Al ir adonde mi abuela nunca imaginé, ni por un segundo, que ese podría ser mi último día en este mundo. Al regresar de la visita, nos encontramos con doña Marta, la mamá de una de mis compañeras y mejor amiga, con quien me llevo mucho tiempo. Esto sucedió a eso de las tres de la tarde, cuando nos dirigíamos a la casa. Nos quedamos en una de las entradas del río. Ella estaba acompañada de sus dos hijos: el

mayor llamado Bryan, el cual, por cierto, es muy molestoso, y la menor, mi mejor amiga, llamada Marina; también estaban con un amigo de la familia, el joven trabajador llamado Elías.

Nos pareció una buena ocasión para bañarnos en el río, mientras ellas daban de beber al ganado, pues se dedican a la crianza y venta de aquellos animales. Pedí permiso a mi mamá para poder entrar en el agua y jugar con mis amigos. Ella me dijo sí, así ella se quedaría conversando con su amiga.

Mientras el tiempo transcurría y nosotros nos divertíamos en el agua, doña Marta se acordó de que tenía que ir a la casa para algo urgente: se levantó y comenzó a llevar al ganado de vuelta al potrero, con la ayuda de Elías. Hasta que regresaran, nosotras esperaríamos en el río. Cuando regresaron, doña Marta dijo a sus hijos que salieran del agua para ir a la casa, pero decidimos insistir para que nuestras madres nos dejaran quedarnos un rato más; insistimos tanto tiempo que nos dejaron en el río.

Nos quedamos. Acordamos ir más tarde a la casa. Empezamos a jugar en la arena, enterrándonos y haciendo montañitas. Después de esto, a Elías y Bryan se les ocurrió ir río arriba a pescar —tenían un arpón para pescar—, por los filos del agua. Mientras íbamos de filo en filo, y al ver que no pescaban nada, las dos dijimos que ya era momento de irnos a la casa. Ellos aceptaron. En el momento en que regresábamos, Elías escuchó, a lo lejos, que algo venía con una fuerza tremenda, golpeando las rocas una contra otra. Se dio la vuelta y vio claramente cómo la creciente se venía con todo. Él reaccionó de manera instantánea, nos gritó: "¡Corran hacia las orillas!". Corrimos hacia las más cercanas, nos quedamos asombrados al ver cómo, en cuestión de minutos, el nivel del río subió. Nos quedamos tan asombrados que quería llorar, pero no lo hice. Mi amiga tenía los ojos llorosos.

Nos pusimos a caminar para poder salir de allí, nos introdujimos en el monte para encontrar un camino. Fuimos por uno donde

hallamos un riachuelo que estaba seco, pero cuando caminamos al lado, este también creció, ya que tenía una conexión con el río. Lo pasamos de inmediato. En la orilla nos dimos cuenta de que el suelo estaba repleto de plantas espinosas; los demás y yo teníamos las sandalias puestas, pero Mariana vino sin ellas porque las dejó en el primer lugar en el que nos encontramos y se fueron con la creciente. Mariana se espinó los pies y tuvieron que cargarla.

Seguimos caminando y fuimos a parar a las pozas de tilapias de la madrina de mi mamá: ella coge el agua de ese lugar para poder llenarlas. Para no molestar y salir de ahí sin que se dieran cuenta, tomamos la decisión de ir por el sembrío de cacao. Aprovechamos y nos cogimos cada uno un cacao para chupar. Por fin salimos al camino de piedra que llega a la vía y después a nuestras casas.

Llegamos con frío y asustados. Se lo contamos a nuestras madres, aprovechando que se encontraban juntas en la casa y seguían conversando, porque supuestamente me esperaba para llegar juntas a casa. Me dijo que no hablara con mi papá de por qué me dejó en el río, pues ya sabía cómo es él de malhumorado.

Así fue como concluyó mi día. Por eso dicen que nadie sabe lo que puede suceder u ocurrirnos hoy, mañana o cualquier otro día. Por eso es mejor aprovechar cada segundo de vida como si fuera el último y qué mejor que con la gente que tienes a tu alrededor.

CARLOS JOAQUÍN CHICAIZA nació en Santiago de Píllaro, Tungurahua, en 1939. Actualmente es agricultor. Su nieta Martha Haro estudia en la Unidad Educativa San José de Poaló.

La vida de los antepasados

Cuenta mi abuelito que antes la escuela era desde las siete de la mañana hasta las doce del mediodía, entonces cada quien salía a su casa para almorzar, luego tenían que estar de vuelta a las 12:30 y se quedaban estudiando hasta las cuatro de la tarde. Después les daban comida en la escuela, pero cada niño tenía que llevar diferentes alimentos como papas, cebolla, sal, leña, entre otros. Ahí, en la escuela, les hacían la comida y luego salían a sus casas.



También me cuenta que antes había unas casas hechas solo de paja y que no tenían agua ni luz, solo utilizaban mecheros de diésel. Para conseguir agua tenían que cargarla desde las acequias, en pomas pequeñas y grandes, todo lo que pudieran cargar; utilizaban el agua para beber y para dar a los animales. Después de un tiempo aparecieron casas de paja con paredes de bareque, carrizos y lodo, hechas por los mismos dueños, que eran los que tenían más dinero, mientras que los pobrecitos seguían viviendo en las casas de pura paja; ellos decían que ahí dormían calientes. Tampoco existían camas como las de hoy, solo había unas camas hechas por ellos mismos, de palos, a las que solo le botaban paja y unas dos cobijas.

Las mochilas que utilizaban para ir a la escuela eran hechas por las mismas mamás, las hacían de tela o lana; y los niños que no tenían las posibilidades de tener una mochila llevaban los cuadernos en las manos y el lápiz lo guardaban en el bolsillo.

Sobre la vestimenta de antes, cuenta mi abuelito, las niñas se vestían con faldas, pantalón, botas de caucho y una chalina, y los que más tenían, un poncho. Las peinaban haciendo cuatro trenzas: así era cómo iban a la escuela. Los niños se vestían con unos pantalones que se llamaban mamelucos, que consistían en un pantalón con pechera y tirantes; y no faltaban las botas de caucho. A veces los pantalones los hacían las mismas madres: los cosían con diferentes colores, de tela, y quedaban tan bonitos que los niños que los usaban estaban contentos y decían que era pantalón nuevo.

En las fiestas, solo hacían una sopa de arroz con una tajada de queso y después daban papas con pescado del páramo y zarza, un vaso de chicha, y nunca faltaba el trago. Después de la comida bailaban hasta la madrugada y cada quien se iba a su casa.

También decía que antes solo comían arroz de cebada o arroz de morocho, que lo hacían hervir y después lo comían en un ajichador. Papa era lo que más cultivaban, también mellocos, habas, mashua, cebada y trigo. Para que diera una buena producción, solo usaban el abono de los animales y lo dejaban ahí diciendo: “Diosito ha de ayudar”.

A las dos de la tarde, dice mi abuelo, cocinaban papas con cáscara y con habas, ocas dulces, choclo, melloco y un agua de panela, que era lo esencial. A veces hacían tostado de habas, al que llamaban matahambre, que servían en una batea de madera, en el patio, para que pudieran comer todos.

También dice que antes los borrachos eran solo los mayores, los jóvenes no tomaban y nunca salían de sus casas, sino que obedecían a sus padres; tampoco existía lo que hoy conocemos como droga; antes era un ambiente sano y tranquilo.

Lavaban en las acequias o en las quebradas. Los hijos lavaban la ropa de ellos mismos y de los padres. Cuando los padres llegaban a

la casa y los hijos no terminaban de lavar, les pegaban y les hacían lavar hasta de noche.

Me dice también que antes existía algo maligno llamado la Loca Viuda, que supuestamente se les asomaba a los hombres que eran borrachos y mujeriegos; se les aparecía cuando salían solos de sus casas, cuando estaban bien borrachos. Era una chica muy hermosa que se aparecía diciéndole a los borrachos que era su novia y así se los llevaba a lugares muy lejanos, como a las quebradas más grandes y ahí les botaba. Cuando ya era de día, los familiares los iban a buscar diciendo que aún no llegaban a la casa.

Estas son algunas de las costumbres y tradiciones de nuestra querida parroquia San José de Poaló.




HILDA MARIANA NARVÁEZ
nació en La Libertad, Carchi, en 1963. Trabaja en la Unidad Educativa San Isidro. Sus actividades favoritas son tejer y bordar.

El misterio del fuego

Con su fraternal mirada y con la alegría de la fiesta, desde la cima se mantenía vigilante el cerro Iguán. Todo se desenvolvía en un ambiente de tranquilidad: los agricultores madrugaban a sus faenas diarias, las amas de casa presurosas en sus quehaceres cotidianos, y los niños y jóvenes asistiendo a sus actividades educativas; todos empeñados en cumplir afanosamente con sus obligaciones para tener el derecho de concurrir a las programaciones que se habían



planificado por la tradicional Fiesta de San Isidro Labrador para aquella semana.

No podía faltar la gran corrida taurina popular en el toril del Colegio Nacional Carchi, donde se daba cita toda la población de la parroquia San Isidro. Desde muy temprano, los mayordomos de las haciendas vecinas, con sus mejores ejemplares, se aprestaban a lidiar con el ganado bravo para dar la función en la tarde de aquel domingo de mayo de 1986.

Pero algo inusual sucedió con una de las caballerizas: era como si un caballo presintiera el peligro que circundaba en ese lugar, pues se resistía a avanzar voluntariamente. Entonces el jinete, con su brava espuela, obligó al animal a continuar. Relinchando y echando brincos y coces, daba vueltas en su propio terreno, hasta que sus dos patas delanteras se hundieron precipitadamente en un hueco y el jinete cayó de bruces. Todos sus compañeros fueron

en su ayuda y el animal logró salir, pero, ¡qué sorpresa!, con sus dos patas chamuscadas.

Como no era el momento para ponerse a indagar cuál fue la causa que produjo las quemaduras al animal, continuaron con el trabajo de preparar el ganado para la faena. El público iba llegando y buscaba el mejor lugar para ver la gran corrida. Conforme pasaba el tiempo, los espectadores se habían percatado de que un ambiente extraño contrastaba con el aire frío que caracteriza a la parroquia.

Sí: ¡la tierra estaba caliente! Y conforme pasaban las horas iba aumentando la temperatura y la hierba se tornaba de un color amarillento. La población empezó a alarmarse. Nadie sabía lo que estaba sucediendo; por supuesto, las conjeturas y comentarios estuvieron a la orden del día.

Al día siguiente, la novedad empezó a generalizarse por todo el pueblo y el lugar era visitado por propios y extraños. La noticia de que había fuego en el toril del colegio había trascendido rápidamente a nivel provincial y nacional. Ante tamaña noticia, reporteros nacionales y del vecino país llegaban para ser testigos de esa realidad que se estaba viviendo y así obtener material para hacer la noticia. Funcionarios del Instituto Geográfico Militar también se hicieron presentes para cumplir con su trabajo: midieron la temperatura en el lugar de los hechos y se llevaron muestras de la tierra ya calcinada para sus respectivos estudios.

La incertidumbre de la población fue cada vez mayor. Se empezaban a hacer varias conjeturas y la más repetida era que el cerro Iguán, guardián eterno de la parroquia, se había activado e iba a erupcionar, por lo que ya se planificaban mingas para subir a la cima y hacer la limpieza del cráter.

Pasaron algunos días y el misterio se iba apagando, al igual que se iba extinguiendo el fuego de aquel hueco. Sin embargo, como

no hay nada oculto bajo el sol, se supo que alguien, no se sabe si de forma intencional o por travesura, prendió fuego a la gran cantidad de basura que se acumulaba diariamente de las aulas y se la depositaba en un socavón cercano al toril. Las grandes raíces que quedaron sepultadas por la tala de árboles —que se había realizado cuando recién se creó lo que hoy es la Unidad Educativa San Isidro— se habían encendido internamente, con tanta fuerza que el calor se extendió por algunos días, creando el efecto de un horno de carbón, lo que produjo aquel escándalo popular.

Además del autor del hecho, el único testigo fue aquel frondoso eucalipto que por mucho tiempo vivió junto a la institución y que fue cómplice de tantas alegrías y tristezas de quienes convivíamos en aquel maravilloso paraje natural, pero que misteriosamente también iba secándose ante la mirada atónita de quienes no entendíamos lo que acontecía en la profundidad de la tierra.




DIANA ZURITA
nació en Moraspungo, Cotopaxi, en 1993. Trabaja en la Unidad Educativa Guapara. Su actividad favorita es enseñar.

La vida en el campo

Hace cuarenta años, en un terreno cerca de un río y alejado de las ciudades, vivía la familia Zurita Lombeida, un matrimonio con siete hijos. En aquel entonces no existían los servicios básicos de la actualidad, ni existían lugares cercanos para conseguir alimentos, así que se dedicaban a la caza y al cultivo para alimentarse.

Por ser un lugar muy alejado de la civilización, la propiedad estaba cerca de montañas vírgenes en las que habitaban animales salvajes: tigres, tigrillos, osos hormigueros, puercos saínos, etc.,



los cuales salían a cazar y atemorizaban a las pocas personas que habitaban a su alrededor.

Debido a esto, la señora Zurita protegía su humilde hogar de madera colocando a su alrededor fogatas para ahuyentar a los tigres, ya que estos tenían fama de entrar por las noches a las casas y robar la carne que poseían los habitantes.

Una tarde, como de costumbre, el señor Zurita salió a cazar una guanta. El trabajo era muy laborioso y peligroso, ya que tenía que colocar una carnada y esperar horas a que la guanta se acercara a la trampa para dispararle con una escopeta, que en ese tiempo eran muy comunes. El señor Zurita corría el peligro que corría era de encontrarse con la feroz criatura: el tigre.

En esa tarde de arduo trabajo y silencio, el señor Zurita escuchó un sonido extraño e intuyó que se trataba de un tigre. De inmediato pensó en retirarse a su hogar en silencio, y así lo hizo. Al día

siguiente regresó al lugar y quedó absorto al observar las huellas que el tigre había dejado justo en el lugar donde él se encontraba. Sin embargo, por la necesidad siguió cazando sus alimentos, temeroso de que en algún momento la suerte no lo acompañara.

La caza no era su única fuente de alimento, también lo era la pesca. En aquella época existían peces muy grandes, como el campeche o guaña, viejas, barbudos, ratones, cholias, entre otros nombres definidos por la gente del lugar. Con uno de estos bastaba para una comida porque los ríos eran abundantes en agua limpia y pura, lo cual facilitaba la supervivencia tanto de los animales como de las personas.

La familia Zurita, a pesar de vivir lejos de las comodidades, tenía todo para subsistir y criar a sus hijos, pero solo vivieron cinco años en el lugar, debido a que sus hijos crecieron y tenían que estudiar. Por ello construyeron una casa en el recinto El Rosal, un pueblo que recién empezaba a crecer y que contaba con una escuela llamada Palora. Allí empezaron una nueva vida con otras formas de trabajo, como la agricultura y ganadería; además, empezaron a comercializar queso y crearon un negocio de comercio de café, que en esa época era la principal fuente de ingresos como ahora es el cacao.

SERGIO MANUEL HERRERA
nació en San Isidro, Carchi, en 1961. Trabaja en la Unidad Educativa San Isidro. Sus actividades favoritas son la lectura y el deporte.

El hombre al que los perros odiaban

En las faldas del Iguán, cerca del portón de lodo, por el sector del Lindero, abajo del Gritadero, serpentean tres acequias que conducen el líquido vital y bañan toda la franja occidental de una de las parroquias más primigenias del cantón Espejo, cuyo nombre obedece a una imagen llamada Isidro, traída desde la vieja España, por los años 1700. Desde que lo velaron por estas tierras, demostró sus bondades con poderes milagreros y sacrosantos, ganándose la

fe de todos los comuneros: por eso, desde allí, este pueblo se llama San Isidro, en su honor.

En uno de sus barrios, vía al cementerio, en una casa esquinera construida con adobes y tapias muy anchas como para que soporte el peso de los años, vivía un hombre que, por su estatura, piel blanca, cabello entre oscuro y claro, barbas doradas y una contextura física formidable, se pensaría, quien lo ve por primera vez, que tenía ascendencia foránea, pero no era así: era tan, tan original que caracterizaba a los mejores ejemplares y buenos mozos de este pueblo.

Heriberto era su nombre, de profesión jornalero, aunque con el tiempo fue aprendiendo a hacer aparejos para las acémilas de los arrieros. Sus aparejos eran los mejores de la comarca, incluso les ganaba en calidad a los traídos de Colombia por cualquier cacharrero de la época porque, según decía, los suyos eran hechos de pura paja traída del Iguán. Con el tiempo, la labia de este señor le permitió hacerse de mucha clientela nativa, así como de los alrededores.

Todos los jueves, a la hora que canta el primer gallo, era costumbre de Heriberto ascender al Iguán para traer la materia prima para seguir elaborando, por pedido, los aparejos. Matilde, su mujer, siempre se lamentaba por no tener siquiera un perro que la acompañara al páramo, por si algún animal u otra cosa atentara contra su vida en el camino. Pero Heriberto empezó a ganarse la antipatía del mejor amigo del hombre, porque supuestamente en algunos de los viajes al Iguán, los perros se le habían comido el cucayo, arriba, en pleno páramo, por lo que algunas veces no tenía qué poner en la boca. Por esta razón siempre le contestaba a su esposa: “Mejor solo y no mal acompañado”.

A Heriberto le gustaba encontrarse con sus amigos y compañeros para socializar en aquellas tardes abrigadas y,



algunas veces, en las tenebrosas noches, para aplacar el canicular frío. Así es que en una ocasión, entre conversa y conversa, se pusieron a bromear, y como entre amigos no falta uno que, de pronto, saca una jarra de hervidos[1], dizque para abrigarse, entre cacho[2] y cacho la noche se tornó en fiesta para el barrio. De pronto, la voz gruesa y firme de Heriberto pidió que le dejaran cantar: él no había hecho nada hasta ese momento y ahora quería deleitar al barrio con una canción. Para ello pidió a todos los presentes que sacaran el pañuelo, porque la canción iba a golpear el sentimiento y el corazón de todos, así podrían "secarse las lágrimas de los ojos y del corazón, todos deben estar con el pañuelo en mano para no remojar las mangas, porque la canción que se viene es una de las mejores de mi repertorio".

1 Bebida alcohólica caliente.

2 Coloquialismo de la Sierra ecuatoriana que significa *chiste, broma*.

Los presentes, obedientes y emocionados, hacían lo que Heriberto les pedía. Él empezó a acariciar a la guitarra que le prestaron, la manipulaba, la manoseaba, la acariciaba como tratando de encontrar el mejor lado, templando una a una las cuerdas para la canción que se venía. Entre tanto malabarismo que hacía con la guitarra, esta quedó más destemplada que antes; la lentitud y la tardanza estaban mermando la tolerancia de los presentes. Cuando empezaron los primeros rasgos, a lo lejos se escucharon los ladridos de los perros que, asustados de no sé qué, hacían más bulla que el guitarrista. Este se enojó y mandó a una delegación a callar a esos perros que, según decía, le hacían competencia.

Era tanta la expectativa despertada por la canción ofrecida que mucha gente empezó a salir de sus casas para aglomerarse alrededor del artista, pero este ni se inmutaba ni siquiera para comenzar. De pronto alguien gritó: "¡Que devuelvan las entradas!", lo que fue suficiente para que Heriberto iniciara su espectáculo artístico. Empezó a rasgar la guitarra: como los sonidos estaban desarmonizados, un perro que estaba echado a los pies de uno de los espectadores empezó a aullar de tal forma que todos se preocuparon por el artista, porque cuando un perro aúlla en los ruedos comunales es porque alguien se va a morir. A lo lejos, el resto de perros empezaron a solidarizarse con el que comenzó a aullar, y un eco largo y lejano de aullido tras aullido se escuchó por algunos minutos; era como si la sensibilidad del perro hubiese sido afectada.

Heriberto mandó a callar al perro y dijo: "¡Qué mala suerte la mía que hasta los perros lloran y eso que estos no tienen pañuelo! No, no…, es que la canción que se viene es buena y los perros lo saben; y si no, ahí va la canción". Entre rasgo y rasgo empezó a cantar: "¡La cucaracha, la cucaracha ya no puede caminar, porque le falta, porque le falta una pata para andar!".

Al escuchar semejante canción, todos los concurrentes empezaron a renegar y a llorar, no por el golpe sentimental recibido del artista, ofrecido al inicio de su repertorio, sino de las puras iras de haber aguantado tanto tiempo con el pañuelo en mano y en el frío, y para la burla de todos él salió con "La cucaracha". Todo el mundo renegaba y por el engaño recibido, los hervidos empezaron a circular sin medida ni clemencia, a costa del famoso artista.

En otra ocasión, cuando el negocio de los aparejos empezó a decaer porque las recuas de las acémilas empezaron a perderse en el pueblo y sus alrededores —no porque no las necesitaran, sino porque la modernidad llegó al pueblo: los gringos y alemanes que llegaron empezaron a construir carreteras por doquier—, cuenta Heriberto que le tocó emigrar al centro del país, cerca del Antisana. Lo habían contratado a él y a unos paisanos para trabajar en una hacienda cuidando el ganado bravo. Ahí él dijo una vez: "Echo guasca a los animales cimarrones para sacarlos a las fiestas de Quito, porque ahí nos criaron y ahora tener que venir a sufrir en este frío, y solo por buscar la vida para esos guaguas". Esto murmuraba con sus paisanos.

"Allá, allá sí había unos perros grandotes, esos comían como caballos. Cada que se moría un toro o una vaca los primeros invitados eran los perros, y siempre me tocaba quitarles de la presa porque a nosotros no nos dejaban casi nada. Como que desde ahí empezó mi disgusto con los perros, a tal punto que ni ellos me quieren ni yo los quiero".

Y así, entre conversa y conversa, empezó a contar a los presentes: "Hasta por Quito estuve trabajando, en una mina de arena. ¿Por dónde no se ha andado, no? ¡Cómo se ha sufrido, guambras! Cada fin de semana mis paisanos sabían alistarse para ir adonde las carishinas y se desaparecían dos, tres días; y me invitaban. Yo les decía que todo puede ser, pero traicionarle a mi vieja no, pobrecita

ella, no tiene la culpa, no, que Dios no lo permita, por eso les decía que para ello no cuenten conmigo. No me voy a acabar la plata en gente ajena, y todavía con esas ociosas, si hasta alunadas han de ser. No señor, con tanto sudor que se hace la platita; mejor me voy a mi cuarto, tiendo unos cartones, yo mismo me hago unos cuantos quiebres solito y solucionado el problema, a mi gusto y quedo contento, y así salvo mi plata y salvo a mi vieja. Ante tanta sinvergüencería que se repetía cada fin de semana, y antes de traicionar a mi mujer, les dije que mejor me regreso a mi tierra; y así lo hice y aquí estoy, pobre pero honrado y más ante todo fiel con mi costilla".

Y así Heriberto volvió a sus andanzas, a retomar el oficio que en el pueblo le dio fama y dinero, y también grandes amigos. Su relación con los perros se vio más afectada porque perro que lo veía, perro que era correteado, y con piedra en mano, ninguno se salvaba. Por ello, Heriberto, cada que salía, lo hacía siempre con los bolsillos repletos de piedras, para limpiar las calles de los perros, que salían a ladrarle, y él los volvía a corretear y los bombardeaba con piedras, hasta que de bien lejos se escuchaban sus ladridos quejumbrosos.




NARCISA GUADALUPE MAZACÓN
nació en Ventanas, Los Ríos, en 1976. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hijo Carlos Alfonso Riquero estudia en la Unidad Educativa Nueve de Octubre.

Mi vida en tres notas

La vida no es fácil para ninguno de nosotros. Debemos tener perseverancia y, sobre todo, confianza en nosotros mismos. Me defino como perseverante desde niña. Gracias al ejemplo de mis abuelos aprendí lo que son la confianza, la lucha, las experiencias y las pruebas, que con el tiempo descubrí tienen en común la fe.

Una que otra vez, de niña, se me olvidaba saludar a los mayores, pero gracias a mi papá aprendí que saludando se conoce a los demás, en su cultura y educación.

Una de mis expectativas era ser la guardiana de la noche. Al mínimo ruido, entusiasmada, despertaba a mi abuelito cazador; yo sabía que una de nuestras gallinas se convertiría en víctima de algún voraz zorro. Emocionada, observaba a mi cazador favorito que con su linterna encandelillaba los ojos de la fiera, para luego liquidarla con su arma. Pero la alegría no terminaba ahí: al día siguiente sabía que me esperaba un suculento zorro horneado con maní: un manjar de dioses.

El tiempo transcurría entre sueños y expectativas en ese hermoso lugar, lleno de pasto, vacas, gallinas, montañas… Mi entrañable hogar, "mata de plátano". Vivía con las historias que me contaban mis abuelos, mientras mi mamá trabajaba como maestra en la ciudad.

Mi abuelita siempre fue mi escudo. En algún momento de nuestras travesías por esos hermosos y fríos senderos, decidimos tomar un atajo para recoger al ganado que pastaba lejos de casa. De pronto, nos vimos encerradas en un potrero, donde un enorme toro negro rastrilló sus patas, respirando tan fuerte que nos dejó clavadas en el piso. Inmediatamente, con voz enérgica y con el machete en su puño, recitó una oración que jamás olvidaré: "Detente, animal feroz, que primero nació Dios y luego vos". Entonces vi cómo el toro se nos abalanzó, yo asustada detrás de ella, vi que alzó su brazo y fuertemente le cortó los cuernos al feroz animal que huyó de nuestra presencia, adolorido.

En una ocasión, para huir de un mandado corrí a un granero, a esconderme, pero, de pronto, un gran monstruo apareció. Mis gritos fueron tan fuertes como enorme la comadreja de cincuenta centímetros que tenía al frente: toda una bestia ante mis ojos, un asesino en serie, un diablo en forma de ratón. Pero como siempre



mis abuelos fueron al rescate de su traviesa favorita, y luego me advirtieron una vez más: “Eso te pasa por no hacer caso”.

Cuando tuve que salir de mi paraíso por estudios en la escuela y el colegio, y por el amor también, la vida fue diferente, pero jamás sin esperanzas ni falta de fe. A los veintiún años, ya convertida en mujer, tuve mi primer gran amor de madre: mi hija Elayne Victoria, quien me enseñó que hay un amor más allá del propio, el amor por los hijos. Junto a mi esposo Carlos Riquero, jóvenes, románticos y emprendedores, la vida se convirtió en un gran sacrificio que luego se vería reflejado en lo que hemos construido hasta ahora. Después llegaron Carlos Alfonso y Karla Isabel para completar mi hogar, mi refugio.

Hoy yo, Narcisa Guadalupe Mazacón Baño, me preocupo mucho por los demás y siempre vivo en el presente, sin pensar que mañana o pasado mañana todo seguirá mal o bien, porque

es ahora cuando se vive, mañana solo Dios lo sabe. Soy creyente comprometida dentro de mi iglesia. Practico la oración, el retiro, la participación activa con el pueblo de Dios. A mí no me importa si la persona que me necesita no profesa la fe. Todos somos hermanos.

Me gusta ayudar, ser guía con la experiencia que poseo, organizo eventos para que los niños sueñen como lo hice yo y sean felices. Cuando me necesitan en los actos de la escuela y el colegio, en Navidad, Año Nuevo, Día de Reyes, San Valentín, Carnaval, Día de la Madre o del Padre, siempre estoy dispuesta a colaborar. Mi familia me conoce y apoya mis actos porque así les enseño a mis hijos que no hay amor más grande que amarnos los unos a los otros, sin pensar en que tenemos que esperar algo a cambio. La recompensa viene de arriba, lo he comprobado.

Me uno a mis vecinos para protestar, batallar, insistir, bailar y cuidar los bienes comunes porque no somos eternos. Luchamos ahora para vivir dignamente y dejar un lugar mejor para nuestras familias. Lucho por mis ideales políticos, respetando el derecho de pensamiento de los demás; soy activa y me gusta luchar por la justicia, la equidad, el respeto de los humanos y de la naturaleza.

Leo mucho porque así me informo del mundo que me rodea. Mi hogar es mi mundo, pero el mundo duro es el de la calle, y hay que saber cómo está para compartirlo con mis hijos y demostrarles lo que tendrán que enfrentar cuando crezcan y tengan que asumir sus sueños y responsabilidades. Me encantan los libros, prácticamente me los como, porque yo vivo del amor: Corín Tellado y sus infinitos encantos, *El principito* junto a su ingrata rosa, *Los hermanos Karamazov* del escritor ruso Fiódor Dostoyevski, he disfrutado viajando junto al Che Guevara y sus ideales de igualdad.

Tengo alergia a la hipocresía, sé diferenciar entre un amigo y quien finge serlo. Soy un pan de dulce, pero también un hueso duro

de roer. Creo en los abrazos sinceros y la dulzura de las palabras para levantar al caído, sea quien sea, haga lo que haga, trabaje en lo que trabaje: no importa si es mendigo o tiene dinero, lo que vale es la persona. Cada uno lucha su propia batalla y siempre se necesita de alguien con los brazos abiertos.

Me encantan las manualidades, tejo sueños y cocino como si nadie me viera. Cada persona es un mundo y amo el universo. Soy fuerte cuando tengo que proteger a los que amo y a los que les creo. Soy débil ante el sufrimiento de quien no se puede defender, pero jamás eso me hace inútil; eso me transforma en constante, fuerte y perseverante.

No dejemos de soñar, no dejemos de luchar, no dejemos de creer porque solo creyendo servimos, y si servimos nuestra vida en verdad tiene sentido.




ISAÍ ARBIN GUAYCHA nació en Huaquillas, El Oro, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Lic. Olga Campoverde. Sus actividades favoritas son leer y hacer deporte.

El hombre que amaba la justicia

A continuación, la vida de Juan Tranquilino Guaicha Chamba: nació el año de 1919, en la parroquia Sabanilla, cantón Célica, provincia de Loja. Hijo de don Hilario Guaicha y Fabriciana Chamba, quien había tenido siete hijos.

Desde muy pequeño comenzó a desarrollar un corazón muy puro, lo que hizo que siempre se preocupara por los demás. Fue

un hombre destacado es su tierra natal: con apenas cuatro años de escuela, él era muy inteligente y hábil. Tenía una meta muy definida: siempre estar a favor de la justicia, en todo su pueblo y en todo su hermoso Ecuador.

Le gustaba relacionarse con abogados del sector y ayudaba a los campesinos en los litigios de terreno. Era muy admirado por el pueblo porque siempre era disciplinado y responsable en todo, además de que era serio en sus compromisos. Estos hábitos los aprendió en el Ejército ecuatoriano, después del conflicto con el Perú de 1941.

Con estas grandes características se ganó el corazón de todos los moradores de su humilde pueblo. En 1957 fue nombrado teniente político, que es la máxima autoridad en la parroquia. Durante su periodo de administración hizo que todos los ricos pagaran un tributo a la parroquia y obligó a los hacendados del sector a que cada trabajador, al terminar su jornada, pudiera llevar alimentos de los que habían sembrado, como maíz, naranja, yuca, frijol, etc.

También ayudaba a conseguir terrenos para la gente que no tenía y así pudiera trabajar sembrando sus alimentos para venderlos y llevar sustento a su familia. Este programa de ayuda socioeconómica que había creado Guaicha no fue muy bien visto por muchos hacendados del sector porque los perjudicaba: ya no podían explotar a sus trabajadores. Por eso ellos planificaron para sacarlo del poder.

Este plan macabro fue organizado por un tal Manuel Carreño, su hijo Víctor de dieciséis años y otros compinches, quienes tramaron emboscarlo en el camino, aprovechando que Guaicha no vivía en el pueblo, sino que cada día viajaba a él desde una hacienda llamada El Pinto, donde vivía.

Él tenía la costumbre de viajar en mula, pero el 16 de julio de 1961 no lo hizo porque había estado bebiendo, así que se fue a pie



a su domicilio. Al pasar por una quebrada cerca de su domicilio, le salió Carreño y comenzó a insultarlo porque había creado una ley que les perjudicaba. Guaicha hizo caso omiso y le dijo que no la cambiaria porque quería lograr la igualdad socioeconómica y que nadie tuviera más privilegios que otros, porque todos los seres humanos son iguales, además de que con esto uniría a su comunidad que siempre ha estado separada. Pero Carreño le dijo que no fuera tonto, que mejor debía preocuparse solo por sí mismo y en generar dinero solo para él y no ver por otras personas.

Con esas palabras, llenos de euforia, comenzaron a lanzarse puños. Guaicha aprovechó un descuido y sacó una filuda navaja y la tentó contra Carreño; entonces este exclamó:

—¡Hijo, dispara que me jode!

Enseguida salió el muchacho tembloroso y le dio cinco balazos en el cuerpo, que le perforaron el tórax y parte de los riñones.

Guaicha fue auxiliado por unos vecinos y trasladado a la cuidad de Loja para curarlo, pero antes de llegar al cantón Catamayo, ya había fallecido en el sitio llamado El Guayaba.

Así culminó la vida del teniente político que amaba la justicia y la igualdad social. Todo quedó en la impunidad.




JIMENA ESTHER CHIMARRO
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Aquiles Pérez Tamayo.

Historia de mi comunidad: Asociación San Vicente de Porotog Alto

Me contaron mis padres que mis abuelos, junto con otras personas, lucharon para tener sus propias tierras y su libertad.

En la comunidad había una hacienda donde habitaban unos señores (huasipungueros) que, durante la noche, mientras las personas a las que les decían indios dormían, les quemaban las chozas o mataban a sus animales. Por eso, antiguamente la gente se iba a dormir en la quebrada, por temor a perder la vida si se quedaban en sus casas.



Muchas veces estos indios intentaban defenderse de los huasipungueros, para conseguir la libertad y no vivir en esclavitud, pero estos les tiraban piedras al cuerpo hasta matarlos. Una noche los comuneros se reunieron en una quebrada, muy cerca de sus casas, y en este sitio hablaron sobre cómo terminar con los huasipungueros. Conversaron hasta que amaneció y luego fueron a sus respectivas casas a empezar sus labores diarias, como pastar animales e ir a trabajar en la hacienda, donde si no hacían caso les mataban o les pegaban brutalmente.

Había llegado la hora de reflexionar y terminar con esos señores que se sentían superiores y a los que había que obedecer, muchas personas de la comunidad estaban de acuerdo en esto. Entonces alguien propuso quemar sus casas. Prenderían fuego a los alrededores, mientras estuvieran durmiendo —como lo hacían con ellos—, para no darles chance de escapar a ningún lado.

Nuevamente se reunieron en la noche y fueron a la hacienda. Rodearon todo el lugar con palos secos, hojas secas y paja y prendieron fuego. Cuando se terminaba, uno de los huasipungueros dijo: "No importa, yo les maltraté mucho, les quité sus tierras, maté a sus

animales y eso me mantiene contento", y así se destruyó toda la hacienda. En la mañana los indios estaban contentos porque todos los huasipungueros estaban acabados, celebraron todo el día por haberse liberado de la esclavitud.

Después de una semana, una persona dijo:

—¿Por qué no empezamos a trabajar en esta comunidad? Primero busquemos un nombre.

Otro propuso:

—Formemos una asociación.

Y un tercero mencionó:

—Pongámosle "Asociación San Vicente de Porotog Alto".

Una vez puesto el nombre de la comunidad, empezaron a trabajar para gestionar los servicios básicos. Como es de suma importancia, comenzaron por el agua para las personas, los animales y los sembríos, entre otras necesidades. Entonces hicieron reservorios para tener aspersores, también conocidos como llovederas. Todo esto lo conseguían a través de mingas comunitarias. Cuando terminaron con estos trabajos optaron por comprar un tractor, que tanta falta hacía en la comunidad, donde no se alcanzaban solo con la yunta porque las personas de edad avanzada ya no podían trabajar el terreno para cultivar sus alimentos.

En la comunidad la mayoría de las personas siguen cultivando sus tierritas. Este es el sustento de las familias y no las abandonarán jamás. Mientras ellos vivan van a mantenerse en esa comunidad, ya que ser libres e independientes les costó mucho sacrificio y el combate contra los huasipungueros. En la actualidad siguen trabajando por el bienestar de la comunidad y trabajan en conjunto, pues saben que todo sacrificio tiene una recompensa y, por ende, se debe luchar constantemente, con los hombros unidos por un mismo fin.



ANTONIO CARRILLO nació en Guacona San Isidro, Chimborazo, en 1946. Actualmente es agricultor. Su nieto Carlos Mesías Cujilema Carillo estudia en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Segundo Jacobo Yépez Tocto.

Historia de cómo vivíamos en la hacienda

Había una hacienda. Yo, Antonio Carrillo, tenía quince años y sabía ir a la cosecha, desde las siete de la mañana hasta las siete de la noche. Había un vaquero que nos sabía pegar, por eso nosotros conversamos en una casa: "¿Qué hacemos con los

hacendados? —dijimos—, vamos a denunciar". Cogimos al doctor Herrera y seguimos un juicio por casi dos años. Al hacendado le hicimos pagar seiscientos sucres, pero nos dijeron que saliéramos de la hacienda. Otra vez nos reunimos a conversar lo que íbamos a hacer. Yo dije: "Vamos a denunciar", denunciamos por los huasipungos con el doctor Herrera y ganamos el juicio.

Varios doctores e ingenieros vinieron a ver qué pasaba. Entraron a la casa del hacendado y le dijeron que tenía que entregar los huasipungos. Él salió de la casa gritando a los que vivían en el pueblo y ellos pegaron con palos y piedras a los doctores y a los ingenieros, por lo que estos siguieron juicio al hacendado.

Manuel Macas, nuestro dirigente, dijo: "Vamos a Quito", y ahí cogimos a un doctor Zurita, quien siguió juicio al hacendado. Este duró casi dos años. Una vez vino un carro del ejército, y nos enteramos de que el presidente de la República de ese entonces, Carlos Julio Arosemena, había sido apresado cuando estaba bailando en la fiesta de toros bravos en Ambato para que ordenara que los hacendados entregaran los huasipungos.

Cuando tenía dieciocho años me casé y me eligieron síndico de la comunidad. Los hacendados estaban dividiendo la hacienda, éramos cuarenta y tres personas que entramos otra vez en juicio, pero logramos formar la Asociación Guacona Chico San Isidro.

Entonces los hacendados vinieron trayendo veinte o treinta personas para sembrar eucalipto y esa gente decía: "Nosotros vamos a trabajar".

Nos reunimos en la loma y decidimos bajar gritando en contra del hacendado. En la mitad del camino nos encontramos con los forasteros y abajo vimos que del pueblo habían llegado soldados con pistolas, queriendo matarnos. Pegamos a los soldados y les hicimos correr. Corrían dejando sus gorras, mientras nosotros



llevábamos trago, picos, azadones y palos. Mi mamá, Martina Paguay y Luisa Macas, estas tres mujeres, siguieron a los hacendados queriendo pegarlos y matarlos; estos, asustados, nunca jamás volvieron.

Otra vez fuimos a juicio y ganamos gracias al IERAC[1]. Pagamos a los hacendados noventa y dos sucres, pero ellos no nos dejaban sembrar, así que no teníamos nada para comer. Nos fuimos a Guangopud a comprar papas, pudimos sembrar y cosechar buena papa y con la venta de estas logramos pagar a los hacendados. Comenzamos a trabajar y dividimos la tierra, cogiendo cada uno los huasipungos. Logramos poner una tienda, luego cada quien compró ovejas y más tarde entre todos compramos toros bravos —todo lo que tenemos hasta hoy—. Cuando reunimos plata decidimos comprar Rayoquingre, unas tierras que eran del

1 Instituto Ecuatoriano de Reforma Agraria y Colonización.

señor Janalo. Él, muy buena gente, nos la vendió, sin hacer ningún problema, en cuarenta sucres.

En cambio a Eloy Falconí, el hacendado, logramos quitarle la hacienda a base de juicios. Logramos esto porque él dejó de ser presidente de los hacendados. Una vez que tuvimos los papeles de propiedad mandamos a los dirigentes a legalizar los documentos y es así como se ha logrado formar la comunidad de San Isidro.

MAYCOL JEFFERSON LEMA
nació en Guacona San Isidro, Chimborazo, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Segundo Jacobo Yépez Tocto. Su actividad favorita es cantar.

La fundación de la comunidad Guacona San Isidro

Mi nombre es Maycol Jefferson Lema Guamán, nací el 10 de mayo de 2001 en la comunidad Guacona San Isidro, en la parroquia Sicalpa, del cantón Colta, en la provincia de Chimborazo. Actualmente estudio en la Unidad Educativa Jacobo

Yépez y curso el segundo de BGU. Les relataré la fundación de la comunidad Guacona San Isidro, según lo que contó mi abuelita, que se llama Aniceta Cujilema y tiene setenta y tres años.

La comunidad actualmente está ubicada a tres kilómetros de Cajabamba y tiene aproximadamente seiscientos habitantes —alguna vez fueron veinte individuos, entre hombres y mujeres—; está situada al lado de una laguna y está rodeada de páramos andinos, donde yo vivo con mucha alegría y con mucho orgullo, agradeciendo a los líderes que lucharon por la libertad de las futuras generaciones.

Una mañana, don Pacho Ortiz se levantó muy temprano, como a la una de la mañana, para anunciar que ese día era el Día del Trabajo y tenían que cosechar la cebada:

—Hoy iremos a la cosecha. Afinarán sus bocas y tomarán un poquito de fuerza —dijo y luego tocó su bocina, hecha con el cacho de la vaca. Tocó un sonido de tristeza y llanto.

Llegó la hora de ir a la cosecha de la cebada. En la hacienda del señor amo Eloy Falconí y de la señora ama Carmen de Lourdes tenían un mayordomo de apellido Gracia que era demasiado malo y bruto. Él recibió a los indígenas diciendo:

—Indios vagos, ¿estas horas serán la hora de llegada? ¡Trabajen! ¡Y cantarán el *jaway*!

Con miedo del mayordomo, en seguida se fueron a trabajar. Él les seguía con un cabestro para pegar a la gente.

Llegó el mediodía, la hora del almuerzo, los indígenas empezaron a comer, pero duraron tan solo diez minutos, pues tampoco les dejaban descansar. Al atardecer, regresaron a sus hogares, demasiado cansados y con sus voces muy roncas por haber cantado el *jaway,* que era un canto muy conocido para todas las cosechas. Así pasaron casi toda una vida, pero en el año



1983 la gente se empezó a sentir muy mal sirviendo al hacendado de manera tan brutal.

En este contexto, la gente indígena sabía hacer la fiesta de San Isidro Labrador, que era una imagen a la que se hacía una fiesta con priostes y fundadores; era un día de felicidad para la comunidad. En una de esas fiestas se decidió nombrar priostes a la señora Rosa Cujilema y al señor Manuel Macas, pero ella no aceptó. Ellos tenían una puerca que estaba cerca de parir, pero por no aceptar realizar las fiestas el animal se murió. Esta fue una señal de que rechazar ser priostes significaba recibir un castigo de San Isidro. Finalmente, la pareja hizo la fiesta con la misma puerca que se murió.

Pasó ese mes y llegó el año de 1986, cuando se escuchaba que las personas indígenas se estaban liberando de las manos de los hacendados. Con este mensaje, la gente de Guacona Chico —así

se llamaba la comunidad en ese entonces— también pensó en liberarse y quiso lidiar, pero no supieron cómo empezar la lucha. Un día martes del mes de septiembre de 1986 hubo una cosecha de cebada donde el mayordomo se atrevió a pegar demasiado al señor Juan Cujilema por no cantar el *jaway*. Ese día, la gente, muy brava de ver que le pegaron al compañero, gritó con fuerza diciendo: "*Kunanka paykunatyaka manchachishumi*", que significa "ahora sí vamos a ir contra ellos".

El siguiente año la gente indígena se fue a pedir la imagen de San Isidro Labrador al hacendado Falconí, para los festejos de mayo. Hicieron la fiesta con alegría pero pensaron que esta vez ya no devolverían la imagen al hacendado, porque cada que se la pedían él no les quería prestar, y este fue el primer logro de los indígenas sobre el hacendado. Posteriormente pensaron quitarle también las tierras de Guacona Chico, así que en el año de 1988, el señor Juan Lema se fue a hablar con el hacendado Falconí y le dijo:

—Amo Falconí y mama Carmen, ¿ustedes qué quieren hacer? Elijan una alternativa: quieren vender o mandaremos sacando.

El hacendado, con un poquito de temor, le contestó:

—Indios brutos, cómo les voy a vender el terreno, si de este terrenos están comiendo.

Al escuchar esto, la gente les gritó:

—*Llukshiri, llulshir* —que significa: "Fuera, fuera".

Ese mismo mes la gente, muy cansada de estar rogando, decidió mandarles sacando, pero el hacendado Falconí trajo a gente de Cajabamba para que sembrara árboles de eucalipto en una parte llamada Guayraguayco. Los indígenas, al ver esto, se fueron a enfrentar con los hacendados; ellos les mostraron pistolas pero la gente no se rindió. La señora Rosa Álvarez se atrevió a dar un palazo a una de las mindalas y después todos empezaron a pegarle a la

gente de Cajambamba, con piedras y palos. La guerra la triunfaron los indígenas. Al día siguiente todos fueron nuevamente a la casa del hacendado a decirle:

—Amo Falconí, por última vez te vamos a preguntar: a ver, ¿nos querés vender o quieres ir saliendo?

A lo que el amo Falconí contestó:

—Está bien, yo voy a vender el terreno pero ustedes ya no trabajarán en mis tierras.

Estas palabras fueron como una trampa, pero la gente no se rindió. Se fueron a trabajar en otras haciendas, como la de Cotojuán y la hacienda Santa Isabel, e hicieron dos pagos: el primero de setenta mil sucres y luego lo que faltaba. Posteriormente, el hacendado se fue de la comunidad. La gente se reunió para conversar sobre lo que estaba pasando y entre todos decidieron salir de ese sitio e ir más arriba, a fundar una nueva y renovada comunidad.

Se asentaron al lado de una laguna en una pampa rodeada de páramos andinos. La nueva comunidad no tenía un nombre fijo, así que el señor Manuel Macas propuso ponerle el de la imagen, es decir el nombre del patrono San Isidro, y la gente estuvo de acuerdo. Es decir, conservarían el nombre de Guacona, por el sector, y aumentarían el de San Isidro, por la imagen. Así, lo que antes se llamaban Guacona Chico, ahora sería Guacona San Isidro.

El valor, la lucha y el compañerismo de los comuneros los llevó a conseguir la libertad. De esto aprendieron que luchar en la vida te da un futuro de alegría y felicidad. Actualmente, vivimos con mucho orgullo de haber nacido en esta comunidad y agradecemos a quienes lucharon por la libertad de las futuras generaciones. Por eso ahora, cada 15 de mayo festejamos el Día de la Libertad y la fiesta del patrono San Isidro.




FRANK TOSCANO
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Triunfo.

Río Calzoncillo. Raro, ¿verdad?

Para narrar esta historia es necesario dar a conocer que cuando llega la gente, tanto nacional como extranjera, por primera vez a mi tierra, la parroquia El Triunfo del cantón Patate, provincia de Tungurahua, lo que más le sorprende es lo que encuentran en la entrada sur del pueblo, en la carretea Baños-El Triunfo: un pequeño letrero que dice "Río Calzoncillo".



Para mí es gracioso ver la cara de asombro o sorpresa que ponen cuando leen el nombre de este riachuelo. Incluso preguntan si es verdad, si se llama efectivamente así o si les estamos tomado el pelo; y se ríen cuando escuchan como respuesta un sí, que es verdad que se llama río Calzoncillo, lo cual pueden verificar en el mapa de la provincia, pero aun así les cuesta creernos. Enseguida viene la pregunta del millón: ¿por qué le pusieron ese nombre al riachuelo?

Con este antecedente les voy a contar la historia de este inusual riachuelo, donde mi hermano y yo, de niños, íbamos a pescar truchas. Un día que regresamos por la tarde, mi abuelo Víctor Alfredo Toscano Ortiz —uno de los fundadores de la parroquia—, medio bravo, nos preguntó:

—¿Por qué llegan a estas horas?

—Es que venimos pescando en el Calzoncillo.

Y mi abuelo me preguntó:

—Por cierto, ¿saben por qué se llama Calzoncillo?

Yo le respondí que no y él me dijo:

—Siéntate y escúchame para que sepas cómo se originó el nombre de este riachuelo.

Entonces me narró lo siguiente:

—Verás, hijo, de donde soy oriundo había dos comunidades: el caserío Poatug, lugar en el que yo nací, y al frente de este pueblo estaba el caserío Patateúrco, que actualmente se llama parroquia Sucre. Cuando era niño, era muy marcado el racismo, por cuanto en Poatug vivían los cholos o mestizos, incluidos algunos "blancos", mientras que en Patateúrco vivían los indios o longos, que en esa época se vestían con pantalones de tela de chillo, de color blanco, de altura hasta la rodilla, los lavaban y ponían a secar en los tendales de cabestro o vejucos; se les podía ver "blanquiando" desde Poatug y otros sectores aledaños.

"Por la década del cuarenta hasta el cincuenta, se dio una prolongada sequía en estos pueblos, donde se quedaron sin los productos alimenticios que les brindaba la agricultura. Por esta razón se vino una hambruna, y al no contar con los recursos económicos para conseguir alimentos, a sus moradores no les quedó más que migrar hacia las tierras vírgenes de la cordillera oriental, en las faldas de los Llanganates, donde había abundantes animales para la cacería: dantas (tapir andino), chivos y pavas de monte, sachacuyes, tucanes, paujiles, etc., que proveerían de carne. Además había árboles de madera: cedro, canelo, aliso, motilón, arrayán, zizín, chizín y cascarilla, las dos últimas especies dotaban de altos beneficios económicos, ya que de ellas se extraía la cascarilla para vender a las curtiembres.

“Para llegar a estas inhóspitas tierras y poder conseguir la carne, producto de la cacería, y la madera fina, se agrupaban entre jóvenes y adultos conocedores de la ruta, tanto de Poatug como de Patateúrcu, quienes emprendían el viaje por empinados caminos hasta atravesar el páramo de San Borja, para luego descender al ansiado lugar que les proporcionaba el sustento para sus familias, es decir, al sector que hoy es la floreciente parroquia El Triunfo.

“Estos viajes se repetían una y otra vez, hasta que en cierta ocasión salieron un grupo de jóvenes únicamente de Poatug (caserío de los cholos), entre ellos un tío y sobrino del mismo nombre, Tobías Robalino; el tío era el hombre de mayor edad de la expedición, quien se jactaba de ser de sangre azul. Al llegar a la parte más alta del páramo de San Borja, se sentaron a descansar y a comer su tonga o cucayo, que no era más que máchica de morocho con panela y una taza de agua pura y helada del páramo.

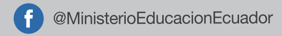
“Ese día fue uno de los más esplendorosos y relucientes: el sol brillaba sobre la cordillera, en la que se podía observar los picachos de los Llanganates (Cerro Hermoso), la verde selva atravesada por el río Verde Chico, hoy río Muyo. En ese momento se detuvieron a observar minuciosamente los peñascos de la cordillera y se dieron cuenta de que en las faldas del cerro de Limoturo asomaban unas peñas blancas que llamaban la atención. El señor Tobías Robalino, con voz lenta y despectiva, expresó esta frase: “Vean al frente, ahí están ‘blanquiando’ y secando los calzoncillos de los indios de Patateúrco”, y como de esas peñas nacía un riachuelo aún sin nombre, fue desde ese momento en que empezaron a llamarle río Calzoncillo, y así lo legalizaron en las escrituras de la actual parroquia El Triunfo. De esta manera se oficializó este nombre extravagante que hoy causa mucha picardía, jocosidad e intriga.

Esto fue lo que nos contó mi abuelo. Ahora que ustedes ya conocen la historia del nombre del río Calzoncillo, les invito a

conocerlo porque es un hermoso riachuelo que posee truchas para la pesca deportiva y sus aguas son cristalinas y puras, ya que no existen comunidades en su origen ni a lo largo de su curso, hasta la desembocadura en el río Muyo. Pero les informo que en invierno hay que tenerle mucho respeto porque al crecer, el Calzoncillo se pone muy bravo.



Los relatos de este libro reflejan la importancia de la comunidad en nuestra cultura. Encontrarás anécdotas que ocurren tanto en el campo como en la ciudad, historias de comuneros que logran el reconocimiento de sus localidades o testimonios de las luchas de las nacionalidades indígenas. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.







/MinEducacionEcuador

/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec